

La Ilustración Artística

AÑO XXVI

BARCELONA 4 DE FEBRERO DE 1907

NÚM. 1.310



BATALLA DE FLORES, cuadro de Luis Beut. (Salón Miralles.)



Texto. — *Crónica de teatros*, por Zeda. — *Pensamientos*. — *La vuelta del presidio*, por Adrián del Valle. — *El Museo Nacional de Nápoles (antes Borbónico)*, por R. Balsa de la Vega. — *París. Concurso de dactilografía*. — *Un descubrimiento importante en la manufactura de porcelanas de Sevres*. — *Antonio Caba y Casamitjana* — *Nuestros grabados artísticos*. — *Miscelánea*. — *El miedo á la vida*, novela ilustrada (continuación). — *Las elecciones en Alemania*. — *La copa-challenge aeronáutica «Margarita de Saboya»*, por Carlos Abeniacar.

Grabados. — *Batalla de flores*, cuadro de Luis Beut. — Dibujo de Julio Borrell que ilustra el artículo *La vuelta del presidio*. — *Pescadores de truchas*. — *Pastorcita*, cuadros de Juan Baixas. — *Encanto*, cuadro de José M.^a Tamburini. — *Museo Nacional de Nápoles*. — *Narciso*, estatuilla en bronce de Pompeya. — *París. Campeonato de dactilografía. Una de las señoritas que tomaron parte en el concurso*. — *Vista del anfiteatro del «Cirque Metropole» en el momento del concurso*. — *De sobremesa*, cuadro de Carlos Seiler. — *La Virgen y el Niño Jesús*, cuadro de Emilio Czech. — *El niño de las rosas*. — *La dama de las camelias*, estatuillas fabricadas en la manufactura nacional de Sevres con la pasta blanda. — *Antonio Caba y Casamitjana*. — *Berlin. Las elecciones para el Reichstag alemán. Repartidores de candidatura*. — *Interior de un colegio electoral*. — *Copa-challenge*, premio del concurso aeronáutico «Margarita de Saboya». — *París. Manifestación obrera en demanda del descanso dominical*.

CRÓNICA DE TEATROS

Durante estos últimos años los teatros de género grande venían siendo en España, no lugares de esparcimiento y de recreo, sino sitio de reunión en los que se presentaban á los concurrentes obras cuyo objeto era entristecerlos ó deprimirlos. Nada de grandes emociones, ni de pasión violenta, ni de trágicos conflictos, ni de cómicos contrastes. Por espacio de algunos años hemos estado soportando dramas ó comedias grises, enfermizas ó tediosas, en los cuales se pretende deleitarnos con la exhibición del vicio más ó menos elegante, del amor sin alegría, del dolor sin resignación, de la enfermedad sin esperanza de alivio. La psicología artística ha sido substituida por la fisiología, y en muchos casos, por la patología; y en vez de varones sanos y hembras equilibradas, hemos visto y vemos aún pasar por la escena hombres degenerados, mujeres histéricas, tísicos, alcohólicos y medulares. La Talía española, matrona en otro tiempo de recia y sana complexión, coronada de flores, sonriente y picaresca, se nos presenta ahora clorótica y anémica, cariacontecida y gimoteadora, tosiendo bronco y... hasta escupiendo sangre.

Siendo esto así, ¿qué de extraño tiene que el público pase de largo por delante de las puertas de los teatros grandes, y si frecuenta alguno no sea por las comedias que en ellos se representan, sino á pesar de ellas y por causas que más se relacionan con los caprichos de la moda que con los atractivos del arte?

Por fortuna, en los dos teatros principales de Madrid se ha interrumpido — y quiera Dios que no sea momentáneamente — la racha de comedias tristonas y deprimentes. En el de la calle del Príncipe acabamos de aplaudir la obra de Rusiñol y Martínez Sierra *Vida y dulzura* y en el Español la de los hermanos Alvarez Quintero titulada *Genio alegre*. Ambas comedias tienen la misma tendencia, ambas son como un canto á la vida y una protesta contra el tedio y el pesimismo que reinan en nuestra literatura y sociedad contemporáneas.

* *

Vida y dulzura es una sátira fina, regocijada y á ratos caricaturesca de la interpretación que la filosofía moderna suele dar al concepto del vivir. En efecto, las abstracciones de la ciencia y la aridez del estudio pueden llegar y llegan á menudo á ahogar en los corazones las fuentes del sentimiento y á cortar las alas de la imaginación. Y el mal es mayor cuando el fanatismo científico encarna en espíritus débiles. Se dan muchos casos de tontos «adulterados por el estudio», y de estos tontos nos presentan varios ejemplares los autores de *Vida y dulzura*.

En España, en honor á la verdad, el peligro científico no es muy grande; hombres de ciencia hay pocos, acaso puedan contarse por los dedos de la mano. En cambio, abundan los eruditos soporíferos, raciones de archivos y bibliotecas, que se empeñan en hacernos creer que todo lo viejo, por el hecho sólo de ser viejo, es interesante; los pedantones que con-

sagran su vida á escribir *infolios* que nadie lee; los filósofos librescos, cuyas teorías están en oposición con su conducta; los jovencuelos, que sin haber soltado aún el cascarón disertan sobre lo efímero del amor; las mujeres sabias, que teorizando siempre sobre estética, hacen desagradable y antiestético todo cuanto las rodea.

De estos tipos hay chistosas muestras en *Vida y dulzura*. Alguien, confundiendo la verosimilitud artística con la verosimilitud que Clarín llamaba del burgués, niega caracteres de realidad á los personajes un tanto caricaturescos de la comedia de Rusiñol y de Martínez Sierra. No hay tal cosa. La Naturaleza es la gran caricaturista, lo mismo en el orden moral que en el orden intelectual. Para convencerse de ello no hay más que abrir los ojos y mirar. Difícil será, lector, si sales á la calle, que encuentres una Venus ó un Apolo; pero de seguro encontrarás á muchas personas de uno ú otro sexo que te recordarán á Tribolet, á Quasimodo ó los caprichos de Goya. Por cada sabio de verdad hay mil pedantes, por cada poeta mil poetastros, por cada valiente mil valentones, por cada jurisconsulto mil rábulas, por cada médico mil matasanos. La caricatura es lo general; lo perfecto es la excepción.

Por esto, el arte realista tiende siempre á la caricatura: caricatura es Sócrates colgado de una cesta en la comedia de Aristófanes, caricaturesco el *Falstaff* de *Las alegres comadres de Windsor*, caricaturesca la *Dama boba* de Lope, caricaturescos casi todos los graciosos del teatro antiguo, caricaturesco el *Jourdain* y las *Preciosas ridiculas* de Molière, y el *Fr. Gerundio* del P. Isla y muchos de los personajes de Moratín y Bretón. Lo más grande que ha producido nuestra literatura, el *Quijote*, ¿qué es sino una sublime caricatura?

Todos estos personajes que simbolizan un error, una ridiculez, una debilidad de la condición humana son mucho más verdaderos, más reales que esos tipos perfectos, héroes falsos de una buena parte de la literatura novelesca ó dramática.

Y dicho esto, volvamos á la comedia de Rusiñol y Martínez Sierra.

En medio del susodicho grupo de sabios ó de caricaturas de sabios que representa la intelectualidad de Villatriste, preséntase Julia, joven y hermosa encarnación de la alegría y del placer de vivir; y sus risas ruidosas, sus gracias y donaires hacen en aquella sociedad en que domina el aburrimiento efecto semejante al de una oleada de luz y de aura primavera en un viejo caserón cerrado á piedra y lodo durante largo tiempo. Las gentes entristecidas ó aburridas que lo habitan siéntense poco á poco como animadas de una nueva existencia: sus ojos, fijos hasta entonces en los borrosos caracteres de viejos pergaminos ó en la lente del microscopio, contemplan deslumbrados las bellezas que la naturaleza pródiga ofrece á todas las miradas; sus corazones se estremecen, el placer de vivir ahuyenta sus nebulosas preocupaciones, y cuando Julia, después de haber derramado á manos llenas las flores en que rebosa su alma juvenil, se aleja de Villatriste, algo queda en aquellos seres, antes como momificados, que es luz, amor..., vida.

* *

Según digo más arriba, la misma tendencia que la comedia de los Sres. Rusiñol y Martínez Sierra tiene *Genio alegre*, de los hermanos Alvarez Quintero. También ellos aspiran á apartar de nuestros labios la amarga copa que nos quiere hacer apurar el arte contemporáneo, ofreciéndonos, en cambio, el vino retozón que alegraba la vejez de Anacreonte. Los místicos consideran la *acidia* como un grave pecado y aconseja que combatamos al demonio de la tristeza. «Recojamos las flores de la vida y demos gracias al creador por habernos hecho nacer...» Tal es el pensamiento capital de *Genio alegre*.

A este pensamiento le han dado forma escénica los dos ilustres autores de la siguiente manera: doña Sacramento, marquesa de Arrayanes, vive austera en su casa solariega de un pueblo de Andalucía. La noble señora, secundada por su administrador D. Eligio, personaje taciturno, con sus puntas y ribetes de cursicastro, no tolera en su palacio nada que no sea grave, severo y mesurado; allí reinan el orden y la corrección más exquisita, pero falta en absoluto la alegría. El hijo de la marquesa, Julio, heredero del título, no puede soportar la atmósfera de su casa, y anda siempre de villa en barrio y de fiesta en fiesta, derrochando su juventud y su dinero en ruidosos placeres y fáciles amoríos.

Así las cosas, llega á la casa de los marqueses de Arrayanes Consolación, sobrina de doña Sacramento, joven, bonita, dicharachera y sevillana... Su pre-

sencia es en el palacio de Arrayanes lo que la de Julia en el caserón de Villatriste: su alegría, sus risas, sus dichos graciosos, ahuyentan la austeridad enojosa de aquel hogar aristocrático, y el correntón de Julio, á quien antes de conocer á Consolación se le caía, como suele decirse, la casa encima, cautivado luego por la gracia de la linda muchacha y seducido por la alegría que ella sabe derramar en torno suyo, enamórase de su prima y renuncia gozoso á sus desordenadas correrías.

Lo que en la comedia de los Quintero sobresale, más que la acción por extremo sencilla y cuyo desarrollo y desenlace se adivina desde las primeras escenas, es la verdad de los tipos, lo bien observado y pintado de las costumbres, la gracia del diálogo y sobre todo el ambiente luminoso que llena, por decirlo así, el cuadro compuesto por los dos notabilísimos autores. Es aquello una hermosa evocación de Andalucía, que hace pasar por la sala del teatro como una ráfaga llena de luz é impregnada del aroma que orea los huertos cuyos árboles dan verdor, sombra y hermosura á las vegas del Guadalquivir.

Quizás la tesis de la obra pudiera estar desarrollada en un medio más adecuado á su finalidad que el palacio de los Arrayanes, austero, pero no triste. Por otra parte, aconsejar á nuestras clases aristocráticas que hagan vida alegre es, como suele decirse, llevar agua al mar. Acaso en ella, que conserva, como es justo reconocer, no pocas de sus antiguas cualidades, sea el mayor defecto la superficialidad de su vida, el ocio en que suele disipar sus horas, ajenas casi siempre á toda ocupación seria y útil. Muy bien está que la gente adinerada, como el marquesito de los Arrayanes, se divierta y goce del placer de vivir; pero tampoco debe olvidar que la vida tiene también su parte seria, que no es todo en ella cañas de manzanilla, juergas de gitanos, cacerías y fiestas taurinas, y que si la tristeza es un pecado, no es tampoco una virtud el gozar continuo, cosa que á la corta ó á la larga se convierte en hastío y aburrimiento..., y ya dijo un gran poeta «que es peor el infierno de los aburridos que el de los condenados.»

Estas observaciones que me he permitido hacer á propósito del pensamiento de *Genio alegre* no afectan en gran cosa al sobresaliente mérito artístico de la última comedia de los Quintero... El público la aplaudió la noche del estreno y la sigue aplaudiendo con verdadero entusiasmo.

* *

Monna Vanna, drama de Mæterlinck, del cual drama hablé en una de mis crónicas cuando lo representó en Madrid una compañía francesa, traducido ahora esmeradamente por Jurado de la Parra y representado en el Español, fué acogido con respetuosa frialdad. Suerte semejante ha obtenido en Lara la comedia en dos actos de Linares Rivas titulada *El mismo amor*.

En el teatro Eslava ha alcanzado un éxito ruidoso *Ruido de campanas*. La tendencia radical de la obra ha contribuido, y no poco, á que la prensa anticlerical eche las campanas á vuelo en honor de la comedia de Viergol.

ZEDA.

PENSAMIENTOS

El hombre piensa, y el pensamiento, que es fuente de tantas torturas, es también manantial de goces ideales y de contemplaciones divinas.

E. CARO.

El anciano ha soportado el peso de la existencia y ha sufrido las pruebas y los dolores de la vida, conquistando con ello el mérito, que es la recompensa de la virtud.

L. CARRAU.

El alma tiene ilusiones, como el pájaro tiene alas: ellas son lo que la sostiene.

VÍCTOR HUGO.

Prefiero el testimonio de mi conciencia á todo lo que de mí pueda decirse.

CICERÓN.

La desgracia abre el alma á conocimientos que la prosperidad no discierne.

LACORDAIRE.

El deber consiste en amar aquello que uno se ordena á sí mismo.

GOETHE.

BOUQUET FARNESE VIOLET
29, rue des Filles du Calvaire.

LA VUELTA DEL PRESIDIO, POR ADRIÁN DEL VALLE

Le rendía ya el cansancio; pero aguijoneado por el ardiente deseo de llegar al pueblo antes de que hubiera cerrado la noche por completo, resistía la fatiga y se empeñaba en andar, jadeante, fija la mirada

Un canto lejano le distrajo. Era canto de la tierra, una *guajira* plañidera en boca varonil, cuyas entonaciones largas resonaban melancólicas y tristes en el silencio de los campos, hasta desvanecerse con lán-

Durante un buen rato no se atrevió a hablar, temeroso de exteriorizar la profunda emoción que le embargaba.

El mulato azuzó a las bestias, que se habían dete-



Al fin, no pudo más y tuvo que descansar

en la lejanía, donde el sol poniente ya no alumbraba, buscando la torre del campanario, que había de anunciarle el término de su jornada.

Al fin, no pudo más y tuvo que descansar. Sentóse al borde del camino, sobre un montón de piedras; y, los codos contra las rodillas, sostuvo con las manos la ardorosa cabeza.

Entonces, por vez primera, pensó en lo que podía esperarle en el pueblo, y tuvo miedo de sus pensamientos. Quince años hacía que partiera para un presidio de Africa á purgar una condena por muerte violenta de un hombre en legítima defensa. Durante ese tiempo había sobrevenido la insurrección de Cuba contra España, cesando de tener noticias de su mujer; luego logró escapar del presidio, vagando miserable por las tribus rifeñas, hasta que últimamente tuvo ocasión de embarcar como marinero en una goleta que se dirigía á Cuba. Y al llegar aquel mismo día á la Habana, después de un viaje largo y penoso, sin esperar permiso del capitán, saltó á tierra y emprendió á pie la marcha hacia el pueblo, sólo distante algunas horas de la ciudad.

¿Hallaría á Concha, su linda mujercita, á quien amaba con toda la intensidad de su alma, cuyo grato recuerdo fué lo único que había endulzado los amargos días de presidio y de miserable vagar por la ingrata tierra africana?

Pensaba también en sus amigos, en sus conocidos, y le inquietaba sobre todo el trato que le dispensarían; pero esas inquietudes se desvanecían al imaginarse el intenso placer que sentiría al ver y estrechar de nuevo contra su pecho á la mujer amada.

guidos desmayos en las lejanías de la sabana. Al terminar el canto, sonó la voz más cerca:

—*¡Tesia, buey!*

Y apareció en el recodo del camino pesada carreta tirada por yunta de bueyes y dirigida por un joven mulato de rostro alegre.

Al pasar frente de Luciano, díjole:

—Buenas tardes, amigo. ¿Está usted descansando?

—Sí, contestó. Me dirijo á San José y no acabo de llegar. ¿Estará muy lejos todavía?

—Media legua escasa. Suba su *mercé*, que yo le llevaré.

No se hizo de rogar, y de un salto subió á la carreta. El mulato era comunicativo y habló sin parar de distintas cosas. Luciano, fijo en su idea, le preguntó:

—Oye, ¿conoces en el pueblo á una mujer llamada *Concha*?

—Concha... Como no sea la esposa de mi amo Miguelón.

—No debe ser la misma; la *Concha* á que yo me refiero es la mujer de uno que fué á presidio...

—Cabal. Pues es la misma. El primer marido murió en presidio, y entonces ella se casó con amo Miguelón, que tiene muchos centenes y es dueño de la mejor posada y bodega del pueblo. Y que no ganó poco en el cambio; pero se lo merece, porque es una hermosa mujer, y más buena que hermosa.

Luciano sintió un agudo dolor en el pecho, tan intolerable, que como un desahogo físico tuvo que agarrarse con crispantes manos á uno de los palos de la carreta.

nido en un gran bache, y luego dijo dirigiéndose á Luciano:

—¿Conoce usted al ama?

Vaciló un momento, pero al fin contestó:

—No; pero conocí á su primer marido.

—Un mal sujeto, que lo mejor que hizo fué morir-se, según dicen las buenas gentes que lo conocieron.

—Las buenas gentes son muy compasivas y bondadosas, contestó con dejo amargo Luciano.

—No creo que mi ama sintiera mucho la pérdida, y la prueba está en que se casó apenas supo que lo habían muerto al intentar escapar del presidio. Verdad que la pobre estaba en la miseria y tenía á su viejecita enferma y un niño muy delicado, hijo del otro...

—¿Y ese niño?..

—Murió, al poco tiempo de casarse ella; pero ahora tiene una preciosa chiquitina que es su mismísimo retrato.

Había cerrado la noche. El silencio de los campos era sólo interrumpido por el chirrido ingrato de la carreta y las enérgicas exclamaciones del conductor. Al fin divisáronse algunas luces á un extremo de la calzada. En la primera casa del poblado, detúvose el vehículo.

—Hemos llegado, amigo, dijo el mulato.

Luciano descendió y penetró en la posada. La estancia era grande. A la derecha estaba la cantina y bodega; tras el mostrador un hombre robusto de mediana edad, de semblante placentero, hablaba con dos montunos, á los que servía cerveza. A la izquierda había cinco ó seis mesas de madera, en una de las cuales jugaban y bebían cuatro *guajiros*.

Sentóse y pidió de comer, pero apenas probó bocado de lo que le sirvieron. En su mente estaba fija la imagen de la mujer que había traicionado su memoria, y sombríos pensamientos de venganza empezaban á dominarle.

Buscando una distracción á su dolor, fijó los ojos en una niña de cuatro ó cinco años que correteaba por allí jugando con una gran pelota de goma. Una de las veces, la pelota fué á ocultarse debajo de la mesa en que estaba Luciano, sin que la niña lo notara.

—Tómala, aquí está, le dijo.

La niña se acercó, y entonces pudo contemplar bien sus facciones, que le recordaron las de la mujer que tanto amaba.

Atrájola hacia sí y la acarició.

—¿Cómo te llamas?, le preguntó.

—Conchita.

—Nombre muy bonito, pero tú eres todavía más bonita.

—Mi mamá dice que debo ser más buena que bonita.

—Tiene razón. ¿Y dónde está tu mamá?

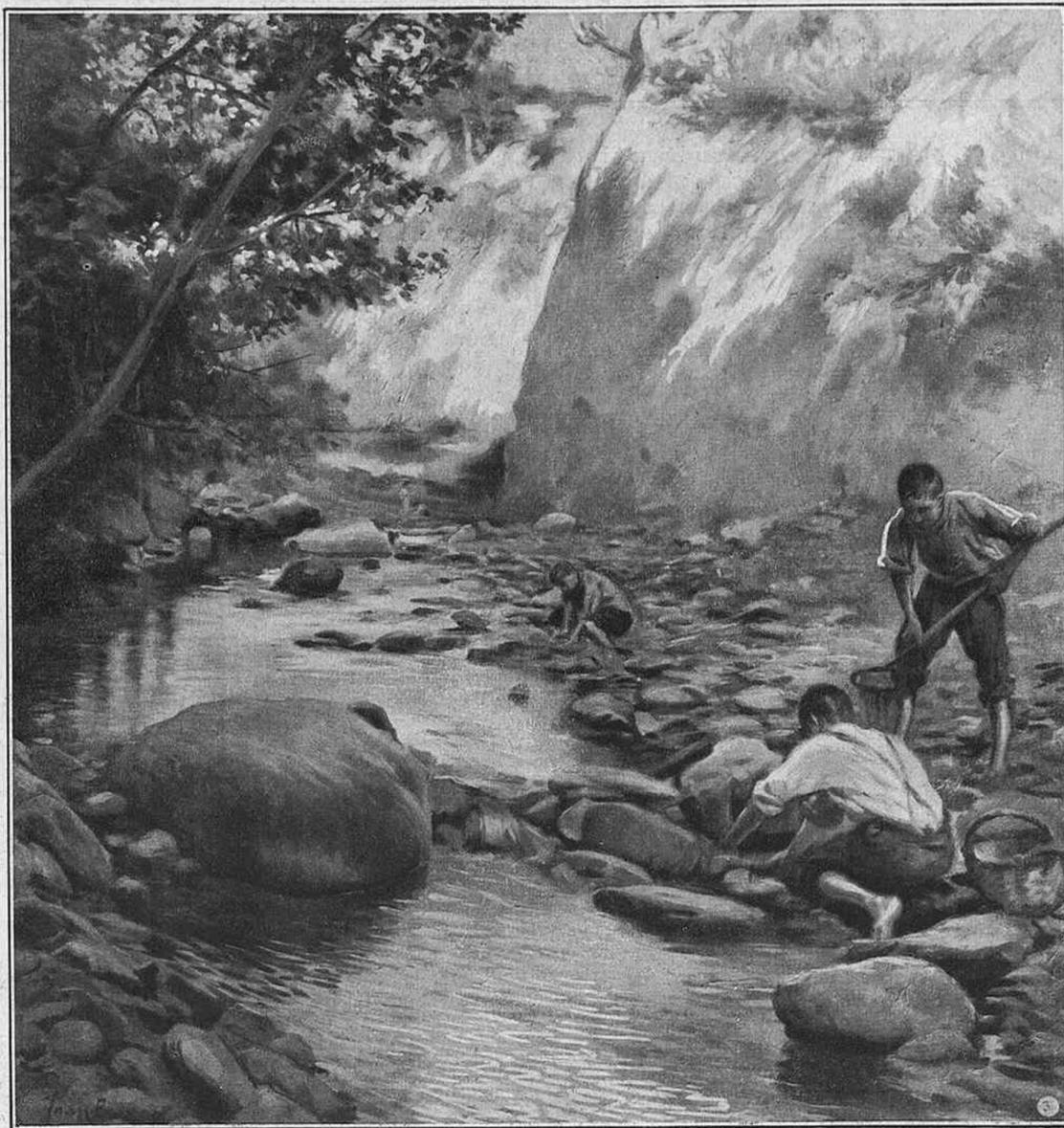
—Allá dentro, y mi papá es aquel que está tras el mostrador. ¿Tienes tú papá y mamá?

—No.

—¿Y tampoco tienes una niña.

—Tampoco.

—¡Oh, qué malo debe



Pescadores de truchas, cuadro de Juan Baixas
(Salón Parés.)

ser eso!., y lo miró compasiva con sus hermosos ojos.

Conquistado por aquella mirada, atrajo más hacia sí á la niña y la besó en la frente.

—Vanios, niña, dijo una voz á espaldas de Luciano; no molestes al señor.

Levantó vivamente la cabeza y vió á Concha, un poco más gruesa, pero siempre hermosa.

—No me molesta, contestó con voz velada; al contrario, me causa placer su charla. ¿Es hija de usted?

Concha hizo un signo afirmativo.

—Es muy hermosa, continuó, y se parece mucho á usted. Será usted feliz teniéndola á ella.

—Sí, muy feliz.

—Que Dios se la conserve.

—Gracias, señor.

Besó ella con transporte á su hija y luego dijo:

—Vamos, despídete de este señor, que es hora ya de irte á dormir.

La niña le echó los bracitos al cuello, exclamando:

—¡Adiós, adiós!

Madre é hija desaparecieron y Luciano quedó por un momento pensativo. Después, levantóse, pagó la comida y salió.

La calzada estaba desierta, el cielo estrellado, el ambiente calmoso. Luciano avanzó resuelto y se perdió en la obscuridad, dejando tras sí, desvanecida para siempre, la postrer esperanza de dicha...

(Dibujo de Julio Borrell.)



Pastorcita, cuadro de Juan Baixas. (Salón Parés.)



ENCANTO, cuadro de José María Tamburini
(Salón Parés.)

EL MUSEO NACIONAL DE NÁPOLES

(ANTES BORBÓNICO)

En Italia, donde tan admirables museos de arte existen, este de Nápoles figura como excepcional. Pudiera añadir que esa excepción debiera extenderse á todo el mundo; pero recordando por lo que al arte clásico, á ese gran arte nacido en la patria de Platón y de Sófocles se refiere, que en Atenas, Olimpia, Eleusis, etc., hállanse los más estupendos restos de él, reduzco la singularidad del Museo de Nápoles á segundo rango. Al fin y al cabo, sus *Venus* y sus *fau-*

salas para depositar en ellas los objetos que diariamente pone á la luz la piqueta en Pompeya, en Sicilia y en la antigua Etruria. Así rápidamente expuesta la importancia de este museo, se comprenderá fácilmente la imposibilidad de describir lo que contiene. Me limitaré á recordar algo de lo más interesante.

* * *

Cuatro estatuas colosales antiguas, el *Genio de Roma*, *Alejandro Severo*, *Urania* y *Flora*, decoran la entrada del edificio. En las primeras salas os detienen multitud de pinturas extraídas de la casa del

estatuitas tan bellas como la *Victoria alada*, cuya reproducción á su tamaño y en bronce estoy contemplando en este momento; *Silenio ebrio*, los *faunos* danzantes, las *bailarinas*, el deliciosísimo *Narciso*; en fin, cientos de representaciones de dioses menores y de las figuras de los cortejos de *Pan*, de *Baco*, innumerables en el naturalismo religioso helénico y romano, hállanse allí acumuladas ordenadamente, vivientes, llenas de gracia. La vista no se aparta de ellas. Acaricia aquellas formas impecables, desnudas púdicamente unas, impudicamente otras, pero todas llenas del encanto que sólo prestan el arte y la verdad.

Todavía más pinturas de Pompeya. *Endimión dormido*, *Ariadna abandonada*, *Venus y Marte*, *Puttini dirigiendo carros en loca carrera*, *El rapto de Europa*; en fin, cuanto nos cuentan las *Metamorfosis*, cuanto nos relata el viejo Homero, cuanto inventaron los poetas cíclicos, cuanto constituye el alma pagana en sus relaciones con la religión, la tradición y la historia, allí está pintado, y pintado de un modo prodigioso. A las veces créese ver á Goya, otras á los venecianos, otras á los modernísimos impresionistas. Realmente causan risa las discusiones del día respecto de las *maneras nuevas*. ¡Son tan viejas!

¿Concluimos aquí? ¡Pero si falta aún otro mundo de cosas! Ya no quiero llevaros á ver las icónicas de *Balbo*, de *Calígula*, de *Agripina*, de *Julio César*, de *Letizia*, bella sedente como la *Agripina*, de tantos otros emperadores y hombres ilustres griegos y romanos: sería tarea enorme. Dejemos los *Apolos*, las *Dianas*, las *Venus* encontradas en Roma, en ambas Sicilias y algunas transportadas de la propia Grecia; falta mirar y admirar la colección de *Cinnas*, compuesta por más de 5.000 vasos antiguos, entre los que descuella la copa singular de Euphronio, que representa el combate de los griegos y las amazonas;



MUSEO NACIONAL DE NÁPOLES

nos, sus *bailarinas* y sus *Victorias*, sus *relieves* y su *cerámica*, su *orfebrería* y sus *mosaicos*, cuanto en las salas del Museo Nacional napolitano existe perteneciente al paganismo, es reflejo é imitación cuasi todo decadente del arte de los Fidias, Alcámenes, Praxiteles, Lissipos y Apolodoros.

El edificio del museo en que me ocupo es obra de los españoles. En 1586 lo mandó edificar el por entonces virrey duque de Osuna para residencia regia; otro virrey, el conde de Lemus, lo transformó para que pudiera servir de Universidad, hasta que en 1797 Fernando IV de Borbón lo dedicó á museo, trasladando á él los de Portici, Herculano, la galería de cuadros real, la biblioteca, la famosa colección de medallas y monedas y vasos antiguos que se había ido formando desde los tiempos de los virreyes españoles. Después los dos reyes franceses impuestos por Napoleón aumentaron las colecciones del ya riquísimo y excepcional museo, tarea que secundaron los Borbones Francisco I y Fernando, José Garibaldi durante su dictadura y por último Víctor Manuel.

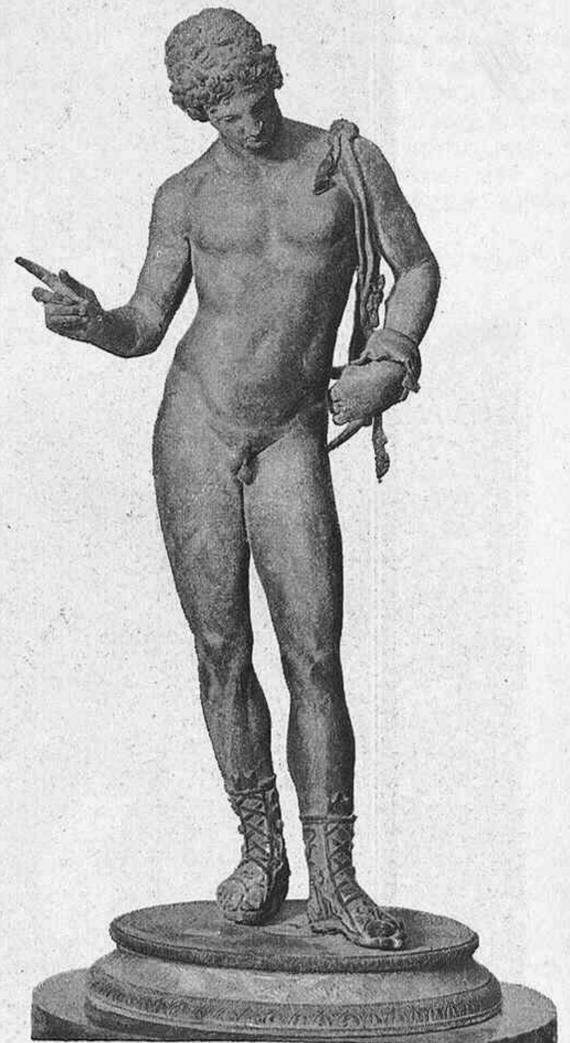
Actualmente se agregaron todavía otros museos, como el Noia, Vivenzio, Daniele, Tino, Cervone, Falconet Lamberti, Rispoli, Piechianti, di Gennaro, etcétera.

En las colecciones ornamentales figuran la celebrísima llamada *Cumana* del conde de Siracusa; parte del Museo Santangelo; las famosísimas tapicerías del marqués del Vosto; la colección de estampas del palacio real; el monetario; las tiaras cocidas de la Tierra de Labor y de las provincias meridionales; la estupenda y curiosísima colección de vasos italo-grecos... Un mundo de arte. En 1860 hubo necesidad de ampliar el palacio con el Monasterio de Santa Teresa, donde se emplazó la tumba griega encontrada en los tiempos de Murat. Todavía en mi última visita á este museo (abril de 1903) se estaban abriendo nuevas

Meleagro, de la *Pansa*, del *Poeta*, de *Diomedes*, de veinte más de las descubiertas en Pompeya, y de otras en Portici y Stabia, etc. Cerca del tan conocido grupo del *León encadenado por varios amorcillos*, está el grupo llamado el *Toro de Farnesio*, encontrado en las cercanías de Roma por el cardenal que le dió su nombre. Como todos sabemos, este grupo, que á pesar de sus muchos defectos tiene cualidades de ejecución y de modelado admirables, se atribuye á dos escultores de la escuela de Rodas, Apolonio y Taurisco. Rodas, con Pérgamo, forma la escuela dicha decadente, que produjo la *Gigantomaquia* que hoy se admira en Berlín, instalada en un palacio hecho ex profeso para guardar tan asombroso relieve. Al lado del *Toro* está el *Hércules Farnesio*. ¿Necesitaré describir esta estatua helénica de renombre universal?

Varias salas guardan monumentos curiosísimos egipcios é indios. Seguidamente encuéntrase las salas dedicadas á mármoles y bronceos clásicos y romanos. Allí está la celebrísima *Psiquis* de mármol, sin brazos, sin piernas, no conservando más que el torso mutilado por el vientre y la cabeza sin la parte del cráneo, pero tan bella, tan espiritual, tan emocional; dícenla praxiteliana, y en verdad que si no es de mano del famoso autor de la *Venus de Guido* y de *Mercurio con Baco infante* que se admira en el Museo de Olimpia, merece serlo. Muy cerca está la *Venus Calipige*; en la sala inmediata, rodeada de bustos en bronce de sabios y emperadores, hállase la preciosa estatua de mármol conocida por *Flora* y que los arqueólogos creen que representa á *Venus* vestida, que juntamente con el *Hércules Farnesio* decoraba uno de los departamentos de las termas de Caracalla en Roma. Todavía debo apuntar el *gladiador moribundo*, por otro nombre, el más justo, el *galo moribundo*.

Ved las salas de los bronceos. Todo ese mundo de



NARCISO, estatuilla en bronce de Pompeya (Museo Nacional de Nápoles.)

falta ver en sendas vitrinas dispuestas las joyas de oro y plata griegas y romanas encontradas en las excavaciones de diferentes puntos de Italia, aquellos camafeos de tres capas algunos, que hacen la desesperación de los tallistas modernos; falta recrearse ante la taza farnesiana de oriental sardónica, y dar un vistazo á la colección de cerámica de Herculano; falta ver, en fin, el mobiliario de bronce extraído de las ricas *domus* pompeyanas, como son trípodes, pebeteros, lechos, mesas de labor exquisita, de refinado gusto artístico; objetos en donde la fantasía del artifice creó mundos maravillosos tomando los elementos á la fauna y á la flora. ¡Falta tanto que ver!

Allí está el estupendo mosaico conocido por *la batalla de Arbelaz*, que se cree reproducción de un cuadro de Pahrassio. Nada más bello como conjunto, nada más correcto como dibujo, nada más intere-

sante desde el punto de vista de la indumentaria; en este particular es un documento sin pareja.

Todavía nos detienen las salas de pinturas donde nuestro Ribera tiene varios cuadros admirables, alguno de asunto mitológico, como el de *Baco beodo*. De Jordán existen lienzos preciadísimos; de cuasi todos los venecianos, comenzando por los Bellini, lo mismo. Nada diré de la Biblioteca. Entre los doscientos mil volúmenes que contiene, seis mil son del siglo xv, cuando aún balbuceaba la imprenta con sus caracteres de madera.

No menos curiosa é instructiva es la visita á la parte reservada de este museo. Estaba prohibida la entrada en ella á las señoras. Pinturas, trípodes (alguno reproducido por la industria moderna, pero mutilado en algunos detalles que concluyen de dar forma á la idea decorativa), candelabros, vinagreras, amuletos, todo esto es de carácter erótico, pero bellísimamente entendido, respondiendo á una idea fundamental de las sociedades paganas, que si despierta en nosotros hoy ideas reñidas

con la moral cristiana, y más que con la moral cristiana, con la hipocresía consuetudinaria de las costumbres, entonces no tenían ese alcance. Recordemos que los griegos se reían de los soldados de Jerjes porque iban completamente envueltos en sus vestiduras, y que les mostraban desnudos al pueblo para que viesen aquellos cuerpos blancos y blandos, deformados por la vestimenta é incapaces de soportar el frío del nevado Olimpo y el sol del Atica.

R. Balsa de la Vega.

PARÍS.—CONCURSO DE DACTILOGRAFÍA

Uno de los inventos más prácticos y más útiles dentro de su relativa modestia, realizados en nuestro

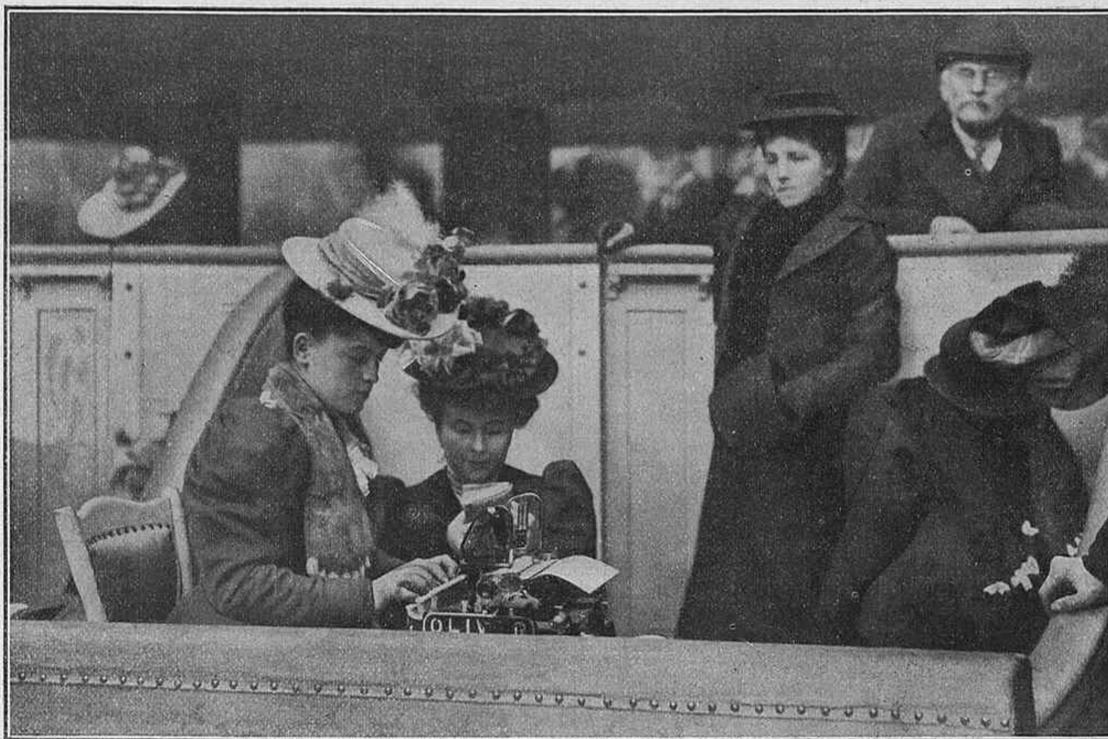
siones causan la desesperación del receptor, para quien resultan muchas veces ininteligibles los garabatos con que ciertas personas reemplazan los caracteres de la escritura. Se explica, pues, perfectamente que las máquinas de escribir hayan tomado el gran incremento que hoy día tienen, y se explica además el interés especial con que el público sigue todos los progresos que en esa materia se realizan y del que ha sido buena muestra el Campeonato de resistencia de dactilografía efectuado recientemente en París.

Celebróse el concurso, el primero en su género realizado en Francia, en el anfiteatro del Cirque Metropole, bajo la dirección de M. Navarre, habiendo tomado parte en el torneo ciento veinte individuos de ambos sexos, que han manejado máquinas de las marcas más acreditadas.

Las condiciones del concurso eran escribir cada concursante, bajo el dictado de una persona por él elegida, el mayor número posible de páginas, de 25 líneas cada una, con el menor número de faltas, siendo de éstas por cada página.

El tema del concurso fué escogido en la famosa novela de Bernardino de Saint Pierre «Pablo y Virginia.»

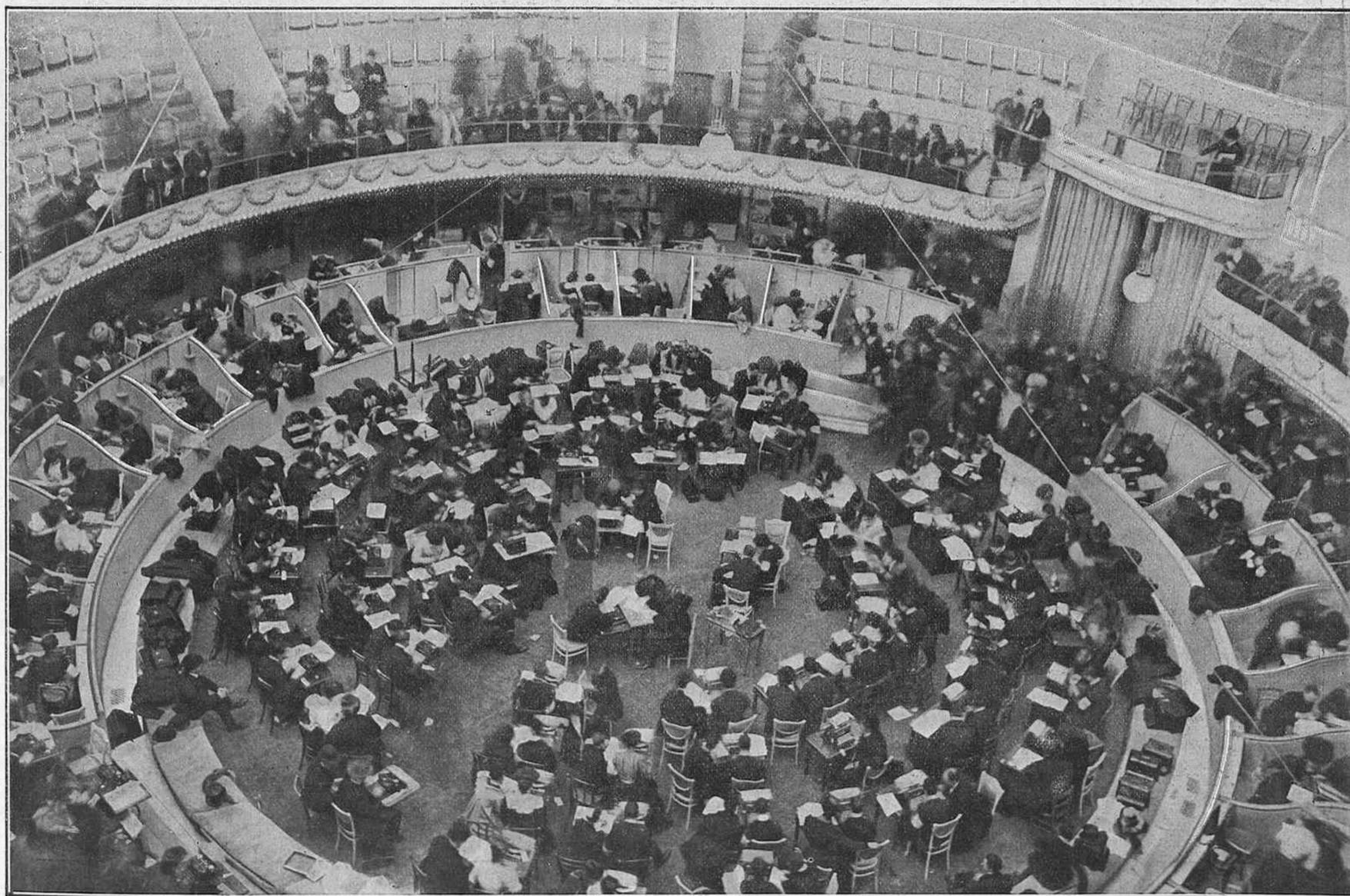
Después de reñidos ejercicios, el campeonato francés de resistencia de dactilografía ha sido adjudicado á la señora Revers, que escribió durante cuatro horas seguidas, y con una máquina Underwood, un total de 17.000 palabras, lo que da un término medio de 70 palabras por minuto.—S.



PARÍS.—CAMPEONATO DE DACTILOGRAFÍA EFECTUADO RECIENTEMENTE EN EL CIRQUE METROPOLE
Una de las señoritas que tomaron parte en el concurso escribiendo en la máquina lo que otra le dicta
(De fotografía de M. Rol y C.^a)

tiempo, es sin duda el de las máquinas de escribir. Su utilidad tiene dos aspectos á cual más interesante: primero el de la rapidez, lo que significa para el que escribe gran ahorro de tiempo, capital no despreciable en el comercio y aun en las demás manifestaciones de la actividad humana; y segundo el de la claridad, lo que constituye un ahorro, no menos importante, de paciencia en el que ha de leer lo escrito.

Gracias á las máquinas de escribir van siendo cada vez más raras, especialmente en las relaciones mercantiles, las cartas manuscritas, que en no pocas oca-

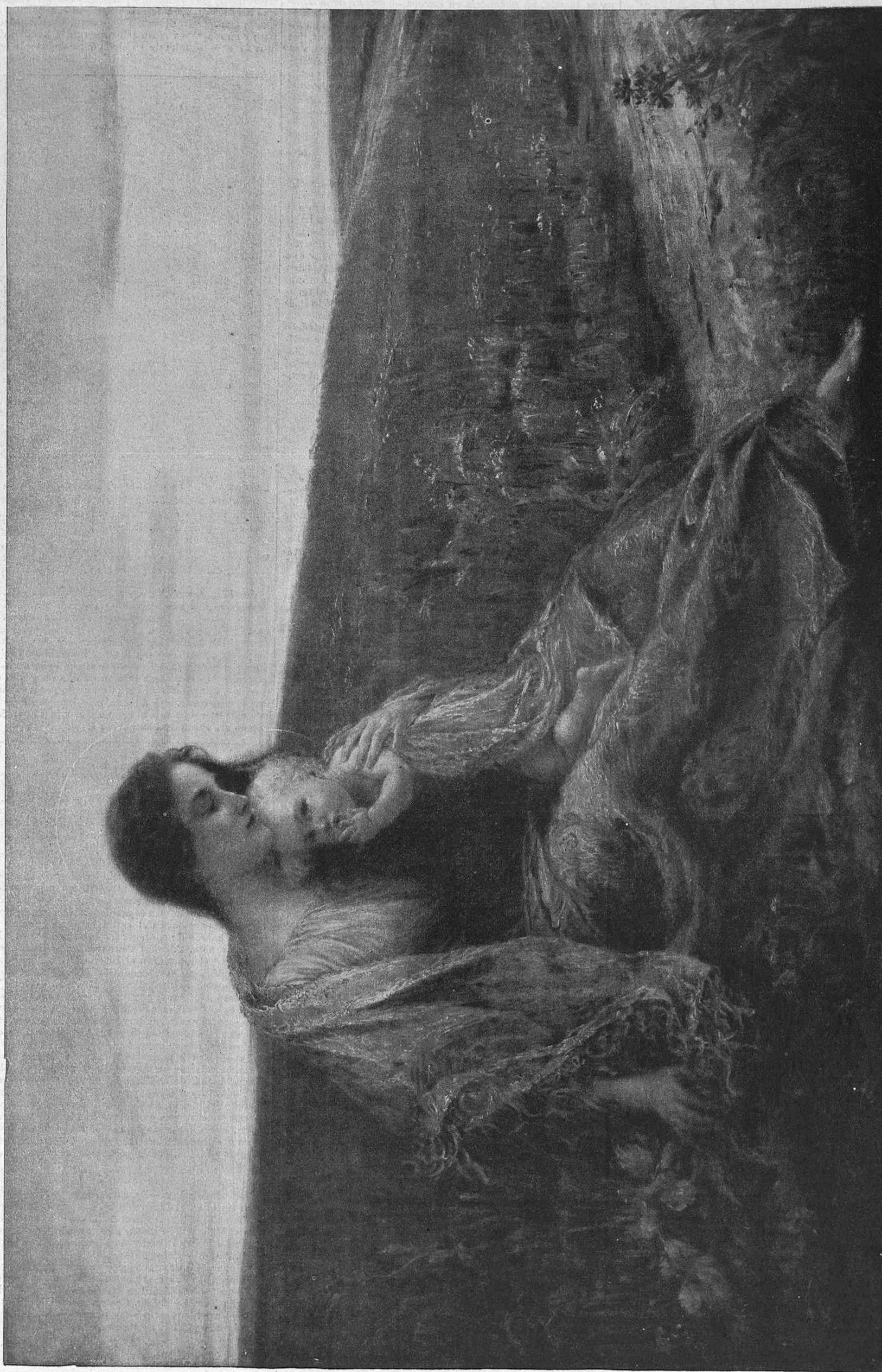


PARÍS.—CAMPEONATO DE DACTILOGRAFÍA EFECTUADO RECIENTEMENTE EN EL CIRQUE METROPOLE. Vista del anfiteatro en el momento del concurso
(De fotografía de M. Rol y C.^a)



©reher

DE SOBREMESA, cuadro de Carlos Seiler

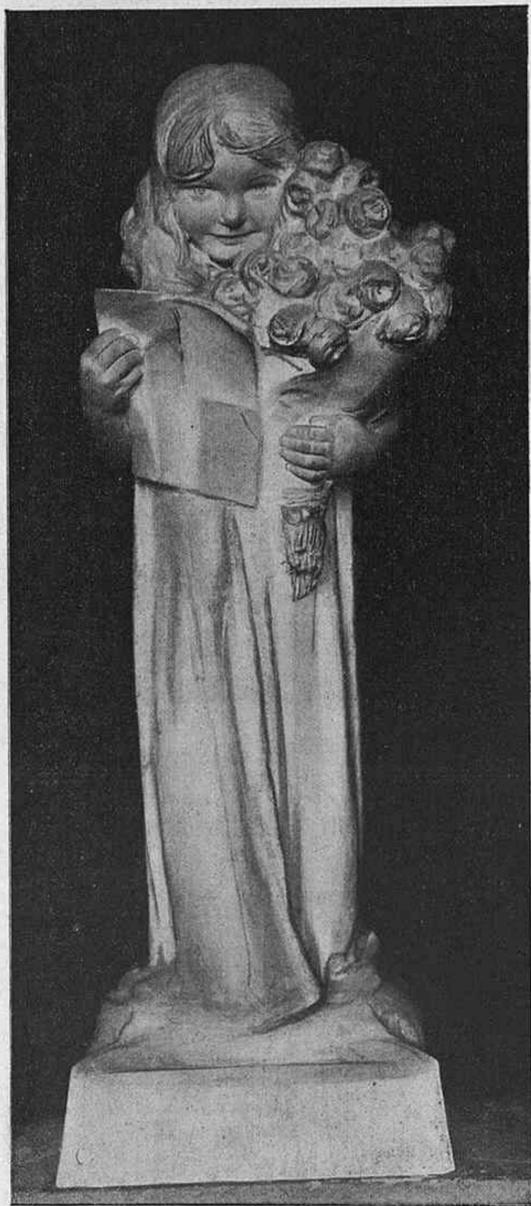


LA VIRGEN Y EL NIÑO JESÚS, cuadro de Emilio Czech

UN DESCUBRIMIENTO IMPORTANTE

EN LA MANUFACTURA DE PORCELANAS DE SEVRES

Se ha descubierto recientemente en la Manufactura de Sevres la composición de la «pasta blanda» con que un día se modelaban objetos de un arte tan delicado, cuya fórmula se había casi perdido, cuyas manipulaciones se habían olvidado enteramente y que hacía mucho tiempo se trataba de reconstituir por medio de minuciosas investigaciones, sin resultado definitivo.



EL NIÑO DE LAS ROSAS, estatuita fabricada en la manufactura nacional de Sevres con la pasta blanda, cuya fórmula se ha encontrado nuevamente hace poco tiempo. (De fotografía de M. Rol y C.^a)

He aquí la historia de esa pasta, tal como á un redactor del *Petit Journal* la ha referido, hace pocos días, M. Baumgart, administrador de la manufactura famosa.

«Fabricábase en Europa, en el siglo XVII, una porcelana especial, muy plástica y que permitía modelar figuritas que no habían podido hacerse con la pasta ordinaria, la llamada pasta dura; pero que, en cambio, los objetos con ella fabricados resultaban sumamente frágiles y por esto no podía utilizarla para las piezas de grandes dimensiones.

«Ahora bien, á fines del siglo XVIII y á principios del XIX gustaban las piezas grandes, y esta afición hizo que cada día se usase menos aquella pasta blanda, que, al fin, quedó abandonada.

«Cuando, después, varió la moda, quiso trabajar de nuevo la pasta blanda, pero no se sabía cómo hacerla, y por más que los químicos de Sevres trabajaron en sus laboratorios para reconstituir el procedimiento de fabricación que hacía treinta años empleaban corrientemente los obreros porcelanistas, sus esfuerzos fueron inútiles.

«Hace cosa de veinte años, uno de mis predecesores M. Lauth, reanudó las tentativas, de acuerdo con M. Vogt, nuestro director técnico, á quien se debe el éxito definitivo alcanzado ahora. En realidad no se trataba de buscar la fórmula de la antigua pasta, pues por los fragmentos que de ella se conservaban conocíase poco más ó menos su composición; lo que faltaban eran datos exactos sobre la manipulación de la misma, sobre las tradiciones observadas por los obreros y que una interrupción durante algunas generaciones había bastado para hacer olvidar. Y esto es lo que, á fuerza de tenacidad y paciencia, ha encontrado poco á poco nuestro director técnico. Ya en la exposición de 1900 habíamos podido presentar al público muestras de los resultados obtenidos, que fueron muy admirados. La pasta entonces fabricada permitía no sólo emplear todos los colores, todos los esmaltes usados en el siglo XVIII, sino, además, añadirles otros nuevos, como el amarillo de azufre, el verde camelia, el rosa viejo. De suerte que el resultado de las investigaciones realizadas durante veinte años por M. Vogt ha sido algo más que copiar pura y simplemente lo que se hacía hace más de cien años; la nueva pasta tiene todas las buenas cualidades de la del siglo XVIII sin sus defectos.

«En efecto, esa amalgama que esmaltaremos como la antigua al fuego de crisoles tiene sobre su antecesora la ventaja de contener kaolina. Ya sabéis que en la época en que se hacía la

pasta blanda, no se conocía en Europa el secreto de la fabricación de la porcelana china, que un químico sajón descubrió por casualidad á mediados del siglo XVIII. Gracias á la kaolina, tendremos una pasta admirable, muy fácil de modelar, que toma todos los colores y que nos dejará muy poca merma.»

Con esta pasta han sido fabricadas las preciosas estatuitas que en esta página reproducimos, cuya primorosa labor acredita el arte y el gusto exquisitos de la manufactura nacional de Sevres.

ANTONIO CABA Y CASAMITJANA

† 25 DE ENERO ÚLTIMO

Otro artista, merecedor de toda clase de respetos y simpatía, ha desaparecido de entre nosotros. Antonio Caba, que desempeñó durante muchos años el cargo de profesor y director de la Escuela de Bellas Artes, que tanto se distinguió como hábil pintor y á quien tantos artistas deben provechosas enseñanzas, ha dejado de existir. Su nombre, sin embargo, su recuerdo perdurará, cual se perpetúa la memoria de aquellos que por su inteligencia, por su poderoso esfuerzo y sus merecimientos han logrado distinguirse apartándose de la vulgaridad. Antonio Caba cumplió una misión noble y elevada, contribuyó al renacimiento del arte en un período de evolución y sembró la buena semilla que tan provechosos resultados ha producido.

La noticia de su fallecimiento ha producido un verdadero pesar, y nosotros que nos honramos con su amistad, que tuvimos ocasión de apreciar sus méritos como artista y sus cualidades estimables, entre las que descollaban su ingénita bondad y su hidalguía, lamentamos su pérdida y nos asociamos al sentimiento que embarga á su familia.

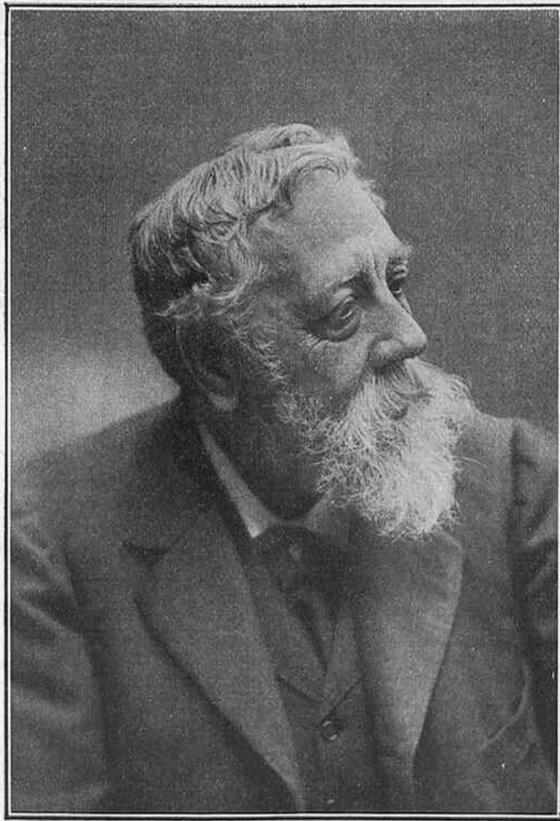
NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las páginas 89, 92, 93, 96 y 97.)

Batalla de flores, cuadro de Luis Beut. — El autor de este cuadro es discípulo de Agrassot, el campeón de la pintura regional valenciana, y bien se advierte en su obra la saludable influencia de tan notable maestro. *Batalla de flores* es una nota llena de color local, no sólo por la indumentaria de los personajes, sino además por ese algo indefinido que pudiéramos llamar el alma de las obras de arte; y esta cualidad hállase avalorada por una técnica digna de los mayores elogios.

Pastorcilla. — Pescadores de truchas, cuadros de Juan Baixas. — Dignos de alabanza son los dos cuadros que reproducimos, obra del distinguido pintor Juan Baixas, ventajosamente conocido por otras producciones no menos recomendables. Dedicado á la enseñanza desde hace algunos años, halla medio, á pesar de la labor que representa la dirección de su academia, para dar muestra, de vez en cuando, de sus especiales aptitudes para el cultivo del arte á que se dedica con tanto acierto como entusiasmo. Las dos producciones á que nos referimos, y singularmente la que representa á los *Pescadores de truchas*, de hermosos efectos luminosos, merece los elogios que sin reserva le tributamos.

Encanto, cuadro de José M.^a Tamburini. — Otra obra del artista-poeta José M.^a Tamburini tenemos ocasión de dar á conocer á nuestros lectores. En esta, cual en todas las que produce este meritisimo artista, se evidencian sus excelentes cualidades, pues aparte de sus indiscutibles méritos como pintor, se aduna la circunstancia de expresar sus obras un sentimiento noble y delicado, que denota la cultura de quien concibe tales creaciones.



ANTONIO CABA, notable pintor fallecido en Barcelona el 25 de enero último. (De fotografía de Audouard.)

De sobremesa, cuadro de Carlos Seiler. — El transcurso del tiempo no ha quitado interés artístico á las épocas pasadas, y pese á todas las tendencias modernas, aún producen encanto en los ojos lienzos en que están representados los tipos, la in-

documentaria, las costumbres pintorescas de otros siglos. Ciertamente para los cuadros de este género se requiere en el artista, quizás más que para los de ningún otro, una habilidad especial para componerlos y ejecutarlos, ya que la bondad de los medios de expresión ha de suplir la falta de interés palpante.



LA DAMA DE LAS CAMELIAS, estatuita fabricada en la manufactura nacional de Sevres con la pasta blanda, cuya fórmula ha sido encontrada nuevamente hace poco tiempo. (De fotografía de M. Rol y C.^a)

Bajo este concepto merece incondicionales alabanzas *De sobremesa*, del celebrado pintor alemán Carlos Seiler.

La Virgen y el Niño, cuadro de Emilio Czech. — He aquí dos figuras que han inspirado y seguirán sin duda inspirando á los artistas de todos los tiempos; en ellas se sintetiza el más grande de los amores, el amor maternal, sublimado por el concepto de la divinidad, y esto justifica que el arte universal las haya consagrado como tema inagotable. En la obra de Czech, á la belleza del asunto se añade lo hermoso de la composición: María y Jesús forman en ella un grupo de inefable poesía, y el apacible paisaje iluminado por las claridades del crepúsculo contribuye á hacer más intensa, más plácida, la emoción que sentimos al contemplar á la Virgen Madre amorosamente abrazada á su Divino Hijo.

MISCELÁNEA

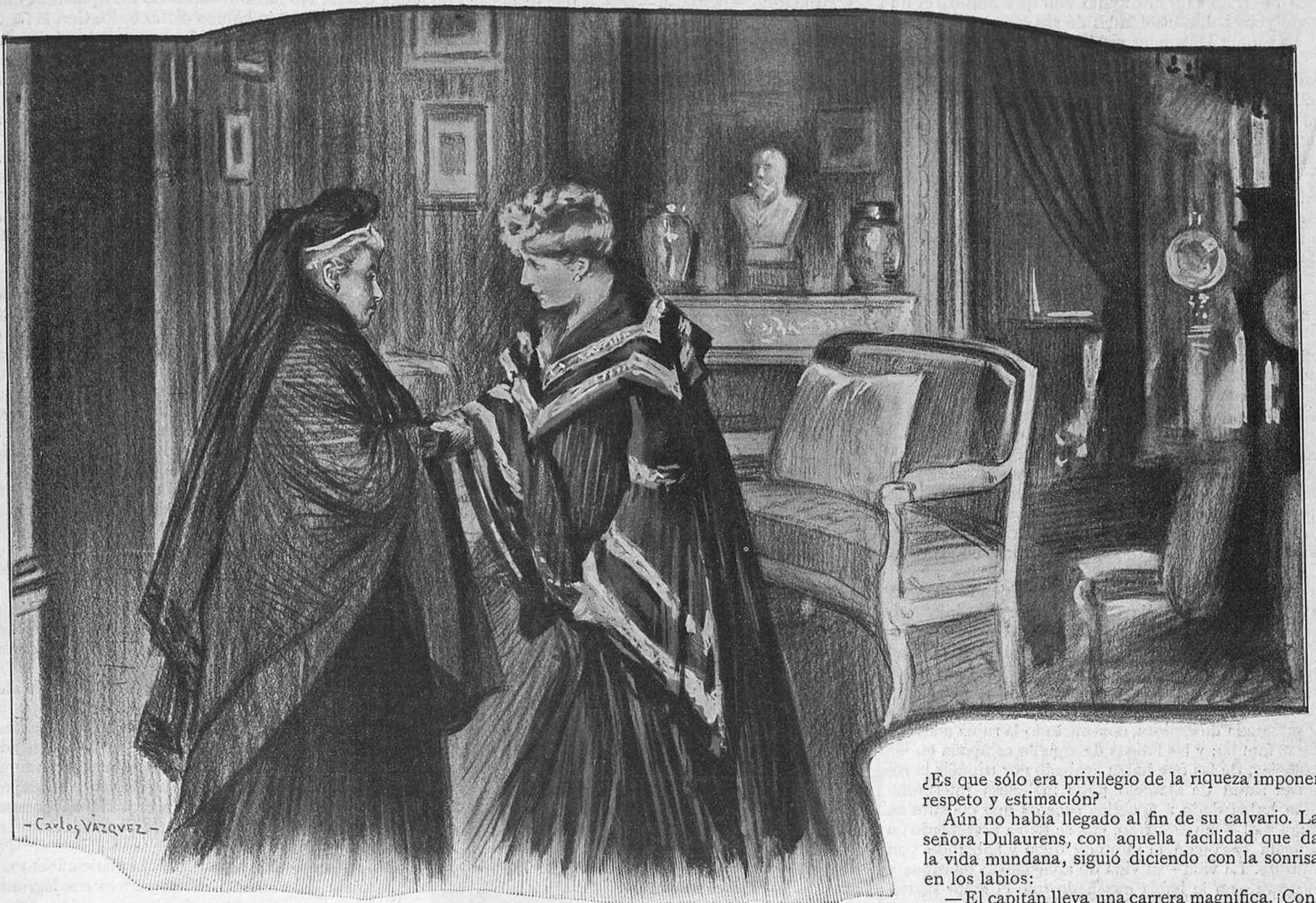
Bellas Artes. — BARCELONA. — *Salón París.* — El señor Aguado ha expuesto varios cuadros, en su mayoría apuntes, notas é impresiones, de vigoroso colorido; el conocido caricaturista que firma con el seudónimo de *Apa* ha expuesto dos retratos y una colección de dibujos.

MADRID. — La Unión Alcohólica Española, deseando obtener un cartel verdaderamente artístico para anunciar el producto «Alcohol desnaturalizado marca Sol», ha abierto un concurso entre los pintores españoles en las siguientes condiciones: 1.^a Las dimensiones del cartel habrán de ser de 1'60 por un metro y habrán de contener las inscripciones «Unión Alcohólica Española. Alcohol desnaturalizado para quemar marca «Sol»; 2.^a Compondrán el Jurado D. Enrique M.^a Repullés, D. José Villegas, D. Joaquín Sorolla, D. Mariano Benlliure, D. Alejandro Saint-Aubin, D. Torcuato Luca de Tena y don Francisco Alcántara; 3.^a Se adjudicará un premio de 4.000 pesetas, estando además facultado el Jurado para proponer otras recompensas y para resolver lo que estime conveniente en todos los casos é incidencias que puedan presentarse en el concurso; 4.^a Los trabajos se presentarán antes de 1.^o de marzo próximo en las oficinas de la Sociedad (Carrera de San Jerónimo, 40), llevando cada uno un lema que se repetirá en un sobre cerrado, el cual habrá de contener el nombre y domicilio del autor; 5.^a Todos los carteles se expondrán al público antes y después del fallo del Jurado, previo el correspondiente anuncio; 6.^a Los señores concurrentes que necesiten algún dato para su composición, como, por ejemplo, modelos de envases, hornillos para quemar el producto, marca registrada, etc., deberán dirigirse á dichas oficinas, donde podrán verlos y tomar las notas que necesiten.

Espectáculos. — BARCELONA. — Se han estrenado con buen éxito: en el Liceo *Hesperie*, ópera en un acto, letra del Sr. Oliva Briggmann, música del maestro Lamothe de Grignon; y en el Eldorado *El mismo amor*, comedia en dos actos de don Manuel Linares Rivas, y *Mareas vivas*, comedia en tres actos de D. Antonio Chápoli Navarro.

La compañía dramática siciliana que actuaba en Novedades ha terminado sus representaciones, que se han contado por otros tantos triunfos. Las funciones á beneficio de la señora Aguglia Ferrau y del Sr. Grasso han valido á estos eminentes artistas nuevas y entusiastas ovaciones, de las que participó toda la compañía la noche en que se despidió de nuestro público.

El «Orfeo Catalá» ha dado en el teatro Condal un notable concierto, en el que, además de varias canciones de repertorio, ejecutó por primera vez inspiradas composiciones de Sancho Marraco, Montes, Alfonso y Gibert, que valieron muchos aplausos á sus autores y á los orfeonistas, que las ejecutaron de un modo irreprochable bajo la dirección del maestro Millet.



No lo sé, señora; de todas maneras, muchas gracias

EL MIEDO A LA VIDA

NOVELA POR ENRIQUE BORDEAUX, coronada por la Academia Francesa

ILUSTRACIONES DE CARLOS VÁZQUEZ

(CONTINUACIÓN)

Mientras tanto, la señora Dulaurens seguía rodeándola de atenciones y cumplimientos y aprestándose á sacar de aquella timidez que sospechaba las mayores ventajas posibles. Al empezar con el obligado elogio de las familias numerosas, la señora Guibert vió la ocasión de exponer sus pretensiones.

—Señora, es usted muy amable. Sí, mis hijos han trabajado mucho. Y precisamente uno de ellos, Marcelo, me trae á verles á ustedes.

Y no se dió cuenta de que había dado á entender que sin una obligación precisa no les hubiese visitado.

Empezó á hacer el elogio de Alicia con gracia conmovedora. Su corazón la inspiraba.

—Marcelo no ha podido verla sin quedar encantado. Se acuerda de que cuando ella era pequeña le decía: «Estoy muy bien contigo, quiero estar siempre contigo.» Me ha encargado que les pida, en su nombre, la mano de su hija. Promete hacer la felicidad de Alicia, y estoy segura de que serán dichosos durante toda su vida.

La señora Dulaurens, casi siempre tan pródiga en palabras, permanecía callada, creyendo de este modo aumentar la turbación de la señora Guibert. Y el señor Dulaurens observaba á su esposa para imitarla. Algo molesta por aquel silencio, la madre de Marcelo siguió diciendo:

—Ya saben ustedes que hemos perdido nuestra fortuna. Mi hijo no piensa en ello, porque ama. Mi marido nos dejó más honra que riquezas. Pero aunque joven, mi hijo Marcelo tiene un pasado brillante que es garantía segura de su porvenir.

Y añadió dignamente:

—Lo cual no deja de ser una fortuna.

—Nosotros agradecemos mucho..., empezó á decir el Sr. Dulaurens, que hacía un momento luchaba entre el deseo de no afligir á aquella buena señora y el temor de disgustar á su mujer.

Esta le mandó callar con una ojeada. ¿Por qué se mezclaba en aquel asunto?

—Sí, nosotros agradecemos mucho su petición, repitió ella con calculada lentitud. Este honor nos sorprende. No lo esperábamos.

La señora Guibert se preguntó extrañada:

«¿No les habrá dicho nada Alicia? ¿O es que se burlan de mí?»

—El elogio de su familia no es preciso hacerlo, siguió diciendo con mucha calma la señora Dulaurens. Todos sabemos que su marido se arruinó por salvar á su hermano, el banquero de Annecy... Desgraciadamente no pudo impedir el suicidio..., ni la liquidación.

Y daba á la palabra *liquidación* el significado de *quiebra*. La señora Guibert comprendió su mala intención. Traía palabras de paz y de amor y se la recibía como á una enemiga; tanta injusticia coloró de sangre sus mejillas y turbó sus claros y dulces ojos. Desde aquel momento, sin poderse explicar, veía perdida la partida. Sin embargo protestó:

—¡Oh! No hubo liquidación. Se pagó todo, capital é intereses. No es posible duda alguna con respecto á este asunto. Nuestra reputación es igual en Annecy que en Chambéry.

Y pensaba mientras tanto en la conducta admirable de su esposo, en el dote comprometido de su querida Paula. ¿Para qué sirvieron tantos sacrificios?

¿Es que sólo era privilegio de la riqueza imponer respeto y estimación?

Aún no había llegado al fin de su calvario. La señora Dulaurens, con aquella facilidad que da la vida mundana, siguió diciendo con la sonrisa en los labios:

—El capitán lleva una carrera magnífica. ¡Condecorado tan joven! Ya sabe usted que nadie como yo ha rendido homenaje á sus méritos. ¡Cómo habrá usted sufrido durante su larga campaña en Madagascar! ¡Cuántas veces hemos pensado en usted! La hemos compadecido y al mismo tiempo envidiado... Y diga usted, ¿se ha puesto bien del todo de las terribles fiebres tan difíciles de curar?

La medida se había colmado; la señora Guibert no pudo contestar. Si llega á hablar hubiese roto en sollozos. Acababan de tocar el sagrario de su corazón: á sus hijos. ¡Sacrificad la fortuna para salvar el honor del nombre, entregad los hijos á la patria, exponedlos á la muerte, para que con alusiones pérfidas y embusteras se trate de desacreditar su desinterés y heroísmo, menospreciándolos ante *eso* que llaman *alta sociedad*!

Y la señora Dulaurens seguía defendiendo su bienestar con crueldad, hiriendo con alfilerazos á su pobre víctima desarmada:

—Yo no puedo contestarle nada definitivo ni en un sentido ni en el otro. Transmitiré su petición á mi hija, y pronto sabremos lo que contesta. La moda de hoy en día consiste en consultar á las hijas antes de decidirse. Pero preveo que la perspectiva de una separación no dejará de asustar á mi pobre hija, que está acostumbrada á no moverse de mi lado. Jamás nos hemos separado. Yo admiro la energía de su alma. Una de sus hijas es monja en París, ¿verdad? Tiene usted dos hijos en Tonkín. El capitán va á marchar otra vez á Argelia. ¡Qué valiente es usted y qué ejemplo más grande para todas las madres que quieren demasiado á sus hijos!

«¿Pero cree usted que yo les quiero menos?—hubiese querido contestar la señora Guibert.—Cada vez que se marchan mi corazón se desgarrar. Pero he soportado todas estas desgarraduras sin quejarme, sin decir una palabra, para no debilitar á los que se marchaban lejos de mí á dar mayor amplitud á su destino, en vez de reducirlo y empequeñecerlo quedándose á mi lado. Me he esforzado siempre en alentarlos á emplear todas sus fuerzas según la voluntad divina. Y seguramente ignora usted, señora, que la separación, lejos de disminuir el amor maternal y filial, los ennoblece y purifica. Les quita el natural egoísmo y les rodea de la belleza inmortal del sacrificio en donde se confunden la dicha y la abnegación.»

Pero sólo lo pensó; sus labios quedaron mudos. Más tarde debía recordar aquella escena con sus menores detalles para deducir de ella toda su humillación, y considerarla, en su fe religiosa, como un cas-

tigo impuesto al gran orgullo con que miraba el número y las bellas cualidades de sus hijos.

La señora Dulaurens siguió diciendo:

—Alicia es por naturaleza propia indecisa. Es tan joven... Una criatura. Antes que la de usted ha recibido otras peticiones. ¡Por supuesto, que esto no salga de entre nosotros! Peticiones algunas de ellas que tienen la ventaja de no quitarnos a nuestra hija. Lo cual no deja de tener gran peso á los ojos de Alicia. A una de ellas le acompaña todo, nobleza, fortuna... ¡Si el capitán consintiese en no salir de Chambéry, en pedir el retiro si hiciese falta, y quedarse siempre á nuestro lado, al lado de usted!.. ¿No está ya harto de gloria?

La señora Guibert se levantó y dijo sencillamente: —No lo sé, señora; de todas maneras, muchas gracias.

¡Daba las gracias á su enemiga de haberla atormentado con tan inútil crueldad! Jamás se había sentido tan débil y desamparada.

La señora Dulaurens, al acompañarla, tuvo compasión de ella, y satisfecha de su victoria, le prodigó frases amables acerca de su salud, de sus hijos que en Tonkín reconstituían una Francia lejana, de Paula, de una belleza tan distinguida, que no se dejaba ver con bastante frecuencia... Conservaba á su hija de modo que podía mostrarse generosa. Y en el umbral de la puerta parecía acompañar con gran cariño á su mejor amiga. Detrás de ella, su marido no cesaba de hacer reverencias y saludos.

Al encontrarse de nuevo sola, subiendo la gran avenida de plátanos, la señora Guibert respiró como si acabase de escapar de un gran peligro. Aquella mujer se había mostrado con ella dura y cruel. Instintivamente había encontrado lo que más podía herirla en su delicadeza y altivez: la desgracia de su cuñado, que había exigido de su marido tanta energía y presencia de espíritu, consumando la ruina material de la familia; y las fatigas de aquella campaña en las colonias, de las que había acabado por triunfar la robusta salud de Marcelo. ¡Qué maliciosa interpretación había dado á aquellos sucesos que constituían su gloria! Y sin embargo, ella se había presentado en aquella casa con el ramo de olivo y hablando con dulzura. La vida—su vida de abnegación continua y oscura—no le había enseñado que el amor maternal, antes que ensanchar el corazón, con más frecuencia lo achica; de haberlo sabido, se hubiese dado cuenta de que aquel deforme sentimiento había impulsado á la señora Dulaurens á defender por todos los medios posibles su felicidad, que de buena fe tomaba como felicidad de su hija.

La soledad no fué para ella un alivio duradero. ¿Acaso no debía, al llegar al Maupas, anunciar á su hijo la triste nueva? Al pensar en aquella pena que no podía evitar, y de la cual era mensajera, corrieron las lágrimas que hacía tiempo trataba de retener. El sol, cuyos rayos atravesaban las frondosas copas de los árboles, caminaba lentamente hacia la montaña; aquella misma tarde iluminaría el desastre de aquel corazón joven y apasionado. Por vez primera en su vida le apenó regresar á su vieja casa, en donde sabía la esperaban con impaciente confianza.

Con su andar cansado y más perezoso que nunca, avanzaba con desesperante lentitud. Aquella tarde pesaba sobre sus espaldas mucho más que sus sesenta años. Al andar no cesaba de dirigirse reproches. No había estado á la altura de su misión. ¿Cómo no había encontrado palabras más seductoras y convincentes para defender la causa de Marcelo? Aquella gente estaba acostumbrada á los cumplimientos mundanos; ¿por qué no había tenido en cuenta sus costumbres halagando su amor propio? Las buenas relaciones se establecen á fuerza de complacencias y concesiones. ¿Acaso su hijo no se prestaba con exceso á satisfacer la vanidad ajena, y en cambio ella no había podido por un momento sacrificar su altivez? ¿Se hubiese rebajado con ello? Su Marcelo era guapo, buen mozo, casi ilustre; poseía una elegancia de modales que daba distinción á sus menores gestos. ¿Por qué no había hecho resaltar todas estas ventajas? ¿Y cómo hacerlo si ella era una pobre mujer incapaz de gastar lisonjas en un asunto tan grave? Además, al hablar de ella y de sus hijos sentía el pudor propio de las almas delicadas. Fuerte dentro de su casa, perdía toda su energía al salir de ella. Y por esto, ante la injusticia, sólo había tenido lágrimas. Aquellas lágrimas que tantas veces había derramado en silencio con motivo de separaciones momentáneas ó definitivas, ¿iba á verterlas públicamente en presencia de aquellos que le habían causado tanto daño? Sin duda Dios la había querido castigar por su gran altivez. Esta explicación satisfacía su fe; debía afligirse, pero sin recriminar á nadie; y en medio de su desolación servíale de amargo consuelo el sentirse humilde y débil.

«¡Mi marido!—pensaba.—Desde que se murió no sirvo para nada. Él era mi dicha y quien me daba valor. Todo hubiera ido de otra manera si él hubiese vivido. Dios mío, ¿me habéis abandonado? Yo me había propuesto reemplazar á mi pobre esposo y veo que no me es posible...»

En su desesperación se iba exaltando. Su angustia y cansancio aumentaban. Al llegar al extremo de la avenida de plátanos se preguntó si tendría fuerzas suficientes para continuar su camino. Le faltaba la respiración; tuvo que pararse.

«¡No quiero ponerme enferma en su casa!» —se dijo. Sólo le preocupaba este deseo, y para realizarlo hizo un supremo llamamiento á su energía.

Se arrastró hasta la verja, salió, y una vez fuera, sentóse, postrada, sobre un montón de piedras de la carretera. Allí entregóse á su pena y empezó á llorar, sin ver un pequeño grupo de chiquillos que, poco á poco, fueron acercándose. Al alzar su frente, hasta entonces baja, huyeron como una bandada de asustados gorriones, y uno de ellos, acercándose á la puerta de una casita próxima, gritó:

—¡Madre! ¡Madre! ¡Ahí fuera hay una vieja que se ha puesto enferma!

Se abrió la puerta en seguida y apareció en el umbral la dueña llevando en brazos al más pequeño de sus hijos.

—¡Pobre señora! ¡Es la señora Guibert! ¿Qué tiene usted? ¿Algún mal? ¿Le da á usted así, de repente? ¿Quiere usted algo? No quiero que digan que la he dejado sin socorrerla. Su marido ha salvado á ésta de la tifoidea.

Y señalaba mientras tanto á una chiquilla mofletuda que se estaba riendo. Acercándose, vió las lágrimas que rodaban por aquella cara marchita, y comprendió que no se trataba de un mal físico. Por respeto no hizo pregunta alguna y siguió diciendo:

—No quiso cobrarnos el buen hombre. Amaba á los pobres y sobre todo á los niños. Siempre reía, ¡y cuánto trabajaba! Todos estos *renacuajos* le querían, no tenían miedo de él, no; *hubiesen comido en su mismo plato...* Siempre decía al entrar: «¡Esto es semilla de valientes! ¡Como éstos tengo yo muchos en casa!» Y es verdad, señora, que tenemos muchos hijos. Pero es bueno tener muchos hijos; se les quiere como si fuesen hijos únicos. Yo no quisiera, por nada del mundo, perder á uno de ellos.

Con estas buenas palabras iba consolando á la señora Guibert, que seguía soñando:

«Mi marido salvó también á Alicia Dulaurens. En la Chênaie no conservan un buen recuerdo de él, si es que conservan alguno. Los pobres olvidan menos de prisa.»

—¡Yo me entretengo en charlar, sin prestarle socorro!, dijo la campesina. Entre usted en casa. Tomará un vasito de vino para reanimarse. ¡Le dará ánimos! Entre usted á descansar un rato.

La señora Guibert se levantó, ayudada por aquella mujer.

—Gracias, muchas gracias. No necesito nada. Ya estoy bien. Ha sido un poco de debilidad y ya me ha pasado. Sus hijos son muy hermosos. ¡Que Dios les ampare! No es por despreciarla, pero me esperan. Mi hija se alarma en seguida. Muchas gracias.

—Como usted quiera, señora Guibert. Un día de estos le llevaré una docena de huevos frescos. No diga usted que no; ¡tendré un verdadero gusto en regalárselos! ¡Ea, niños, á casa! Si no llega á ser por el doctor, habría uno menos, y mi cuenta no estaría completa.

—Es usted muy buena y cariñosa. Hasta la vista.

Por fin pudo emprender el camino del Maupas. Marchaba lentamente, parándose á menudo para enjugar su frente sudorosa, con la muerte en el alma á causa de la triste nueva que llevaba. No supo el tiempo que tardó en ir de Cognin á la cuesta que atraviesa el bosque de encinas. Seguramente tardó mucho, pues al llegar á ella el sol tocaba la montaña de Lapine, lanzando sus últimos destellos contra las copas de los árboles. Creyó, más de cien veces, no poder llegar. Bajo los árboles encontró el fresco de la sombra y sintióse cerca de su casa. Y como los pobres animales heridos que aprecian la salvación por la distancia á su madriguera, hizo un último esfuerzo.

Marcelo, asomado á la puerta, miraba hacia el camino. Y vió avanzar penosamente á la pobre mujer, sofocada, encorvada, envejecida. Corrió hacia ella, y al llegar, su madre rompió en sollozos:

—¡Hijo mío! ¡Pobre hijo mío!

Él tuvo que sostenerla y le preguntó con gran naturalidad:

—¿Por qué ha despedido usted el coche? Viene usted cansada y sofocada. Ha hecho usted muy mal. Apóyese usted en mi brazo. Iremos poco á poco.

Y la llevó del brazo hasta dejarla sentada en el salón, cubiertos los hombros con un chal que Paula

había traído. No habían cambiado más palabras que las anteriores y se lo habían dicho todo. Con la frente ceñuda, los ojos duros, Marcelo callaba. Lo comprendió todo desde el primer momento, y si bien aquel golpe era inesperado, su altivez no le permitía pedir explicación alguna.

Su madre se secaba la cara, en donde mezclábanse sudor y lágrimas. Toda temblando murmuró:

—No lo sientas. No vale la pena de que te disgustes.

—¿Cómo?, dijo Paula sorprendida.

—No quieren separarse de su hija y creen de este modo quererla más.

Paula preguntó:

—¿Y Alicia?

—No la he visto. Se ha ocultado. O la han ocultado. Sus padres no estaban prevenidos. Se han extrañado de mi visita. Exigen la promesa de no moverse de Chambéry y de pedir el retiro si hace falta. Además he comprendido que prefieren á Marthenay.

—¡Ah!, gritó el joven con ojos chispeantes.

La señora Guibert iba á contar el humillante interrogatorio á que le habían sometido; pero Marcelo, á quien el dolor que sentía sin quererlo confesar había vuelto ingrato, no le dió tiempo para ello.

—Estoy seguro de que usted no ha sabido hablarles. No le son simpáticos y no ha tratado de ocultarles. Usted aborrece á la sociedad sin conocerla.

Y al decir esto, había tomado un aire desdeñoso; el orgullo ensanchaba su herida. Ella contestó con dulzura y tristeza profundas:

—Tu padre nunca me dirigió este reproche. Y sin embargo, confieso que lo merezco. Pero soy muy vieja para cambiar, y esa gente me ha tratado sin consideración alguna.

Marcelo, ceñudo y avergonzado, se marchó sin atenuar la dureza de sus palabras.

Paula, que durante aquella escena había permanecido inmóvil y muy pálida, se arrojó en los brazos de su afligida madre, estrechándola apasionadamente.

—Mamá, no lllore usted. ¡Oh! ¡Cómo los desprecio! Y Marcelo es injusto con usted. Ha hecho muy mal en decirle lo que le ha dicho. También estoy enfadada con él.

Sobre sus ojos sombríos fruncía coléricamente sus cejas rectas. La señora Guibert retuvo sus lágrimas y dijo:

—No, Paula, no debemos despreciar á nadie. Y con respecto á tu hermano, ten paciencia. ¿No ves cuánto sufre? Vete á consolarle...

VIII

LOS CÓMPLICES

En el jardín del Maupas, cuyas rosas se marchitaban, á la sombra de los castaños cuyas hojas empezaban á secarse, Marcelo y Juan examinaban un mapa de Africa extendido sobre una mesa de pizarra.

—He ahí el camino que debemos recorrer, decía el capitán señalando una serie de crucecitas rojas que jalonaban el desierto de Sahara.

Juan preguntó con entusiasmo juvenil:

—¿Y es cosa decidida?

—Sí. Durará dos años, que es lo menos que se puede emplear en una travesía tan larga y peligrosa. He visto en París al comandante Lamy, quien me ha presentado á Foureau. Los dos formaremos parte de la comisión con cien ó doscientos tiradores; es cosa decidida, y organizada con método. El presidente de la República está muy interesado en ella. Pero temo que no podamos partir hasta el año que viene.

Con su voz grave y clara, Marcelo habló largo rato de la causa, objeto y organización de la pequeña columna que debía continuar la trágica tentativa del coronel Flatters. Hablaba de una manera precisa y hasta elocuente: tan á fondo dominaba el asunto. Parecía que nada le interesaba fuera de aquella atrevida excursión al corazón mismo del Africa. Sus gestos daban mayor amplitud á su palabra, evocadora de aquellos países desconocidos, vastos y monótonos, impenetrables y misteriosos como el mar.

El rostro de Juan tomaba, á medida que le oía, una expresión atenta y viril. Aquel joven de movimientos ligeros y elegantes, de facciones finas y correctas, que reía y bromeaba siempre, que gustaba á las mujeres y que á primera vista parecía que un salón y el *flirtear* eran su ambiente y ocupación naturales, revelaba, bajo el imperio de una preocupación grave, su verdadero carácter varonil, firme y audaz. Conociéndole á fondo, Marcelo siempre le había juzgado de este modo, y cuando á su presencia hablaban de Juan como de un Adonis de guarnición, se extrañaba y apresuraba á decir: «Ustedes no le conocen.»

La señora Guibert salió á la puerta de la casa.

—¡Cállate!, dijo el capitán poniendo rápidamente un dedo sobre sus labios.

—¿No sabe nada?, murmuró Juan en voz baja.

—No. Ya lo sabrá, y tal vez demasiado pronto.

Ella miró hacia el jardín, pero no vio á los dos jóvenes. Creyéndose sola, se quitó los lentes que se había puesto para trabajar en una labor, cogió el pañuelo y lentamente lo pasó por sus ojos. Cansada, se apoyó en los balaustres de madera, en donde se enredaban las ramas sin flores de unos jazmines. Dejaba flotar sus melancólicos sueños por aquel paisaje familiar.

La caída de la tarde teñía el cielo de un color lila y rosa. El aire apacible se respiraba con delicia, pero su frescor anunciaba el otoño. La campiña sonreía con el encanto enternecedor de una joven moribunda que sueña en vivir. Mostraba sus campos desnudos, sus viñas sin racimos, con la extrañeza de los pródigos que han dado todo lo que tenían y aún quisieran dar más. Inútil deseo, porque sólo le quedaba su belleza. Los bosques sólo ocultaban á medias su misterio, y sus hojas verde y oro soportaban con trabajo el peso del sol, cuyo mortal reflejo retenían. Junto á la casa algunas rosas muy abiertas dejaban caer al soplo del suave viento sus pétalos. Allá á lo lejos, en la cima de una ladera, proyectándose sobre el claro horizonte, dos bueyes arrastraban majestuosamente el arado que preparaba las mieses futuras. Sobre la muerte tranquila de la naturaleza elevábase aquel presagio de renovación.

La caída de unas hojas hizo estremecer á Marcelo. Comprendió de pronto la tristeza del paisaje, cuya gracia envolvente sólo había visto hasta entonces; sintió el otoño y la caída de la tarde. Y al contemplar á aquella anciana, como nadie querida, asomada á la puerta y reuniendo en su pensamiento el rebaño de sus esparcidos hijos, midió la fuerza de su ternura filial y conoció al mismo tiempo el temor agudo y supersticioso que nos inspira, á veces, el frágil destino de las personas amadas.

Juan vio las sombras que descendían sobre la frente de su amigo, y mostrándole la pareja de bueyes que fecundaba pacientemente el suelo, le invitó á esperarle en la vida.

Lentamente la señora Guibert se marchó hacia dentro.

«¡Pobre madre mía!, pensó Marcelo. ¡Cuántas veces has temblado por mí! ¡Y cuántas tendrás que temblar aún! Este mapa, que tengo ahí ante mis ojos, indiferente y mudo, contiene el secreto de tus futuras angustias. ¡Bendita seas, madre mía, por la leche que bebí en tu seno, por el alma que me infundió tu alma, por mi infancia, por mi juventud! ¡Te quiero mucho, madre mía! ¡Y sin embargo, voy á partir otra vez; perdóname!»

La rubia imagen de una joven llenó su memoria. Desde la negativa recibida no había vuelto á ver á Alicia; pero muchas veces había franqueado la barreira que separa el camino de Chaloux del bosque de la Chênaie. Y allí, bajo las viejas copas de los árboles, esperaba audazmente á la joven. Sabiendo que ella le amaba, quería hablarle á toda costa, cambiar con ella eternos juramentos. La gloria que iba á buscar otra vez y la constancia acabarían por hacerla suya. Pero bien por casualidad ó vigilancia, no había podido ver á Alicia.

¿Iba á marcharse sin verla? Dentro de algunos días, terminada su licencia, cuya prórroga no había querido solicitar, tenía que regresar á Orán, en donde debía encontrarse con Juan Berlier, destinado al 1.º regimiento de tiradores y que debía marchar antes que él. Luchaba entre cien proyectos imposibles, y tascaba su impotencia como un potro tasca el freno.

Mientras buscaba el medio de llegar á la que consideraba como su prometida con la resolución obsti-

nada de los hombres de acción, su amigo Juan se levantó diciendo:

—Quiero despedirme de tu madre.

—Espérate un momento, dijo Marcelo levantándose á su vez.

Y decidiéndose de pronto, añadió en voz baja:

—Oye, es preciso que hable con Alicia. Tú puedes ayudarme. ¿Quieres?

Marcelo contestó desdenosamente:

—Mira su cara y no volverás á pensar lo que acabas de decir... Es preciso que hable con ella antes de marchar tal vez por largo tiempo. De ello depende su felicidad y la mía. Si solamente se tratase de mi dicha, podría alejarme, aunque con pena, sin mirar hacia atrás. Pero ella tiene necesidad de ser alentada, es preciso convencerla de que el porvenir es de los tenaces. Si ella quiere, será mi mujer. Yo sólo le pido que tenga valor para esperarme.

—Lo cual no es nada fácil, dijo Juan, que no se hacía ilusiones acerca del carácter de Alicia.

—Al contrario, es muy sencillo.

—Para ti, cuya vida estará ocupada por trabajos y peligros. ¿Pero para ella?..

—¿Y si me ama?, contestó Marcelo con un tono que excluía la menor sospecha de fatuidad.

—¡Ah!, exclamó Juan, mientras pensaba: «No saben amar. Isabel Orlandi se casa con su señor Landeau por amor al lujo. Alicia Dulaurens se casará con Marthenay por debilidad de carácter y porque su madre quiere tener á su lado un yerno aristócrata. Las jóvenes de hoy en día desconocen las fuertes pasiones y nadie se cuida de enseñárselas.»

Pero no se atrevió á pensar en alta voz, porque leía en la frente despejada y radiante y en los ojos ardientes de su amigo las señales visibles de su alma apasionada.

—¿Deseas en absoluto esa entrevista?

—¡Con toda el alma!

Juan no contestó. Marcelo, preocupado con su proyecto, siguió diciendo:

—Tú eres recibido íntimamente en la Chênaie. Te será fácil hablar de parte mía á Alicia. No te pediría este favor si encerrase algo de equivoco, por insignificante que fuese. Hubiese dado el encargo á Paula; pero no era posible que volviese á la Chênaie... después de haberme rechazado.

Tuvo que vencer su orgullo para pronunciar estas últimas pa-

labras. Alzando la cabeza con aire de desdén, continuó:

—Me han rechazado injustamente. Los padres no tienen el derecho de emplear su autoridad para satisfacer sus prejuicios y su egoísmo, destrozando, en provecho de su vanidad, el corazón de sus hijas. Nadie venera como yo su autoridad cuando se ejerce con prudencia y razonablemente. Paula encontró á Alicia en la iglesia; no pudo hablar con ella, pero la vió pálida, desmayada y afligida. Es preciso que yo hable con ella. No hay en ello deslealtad ni ataque alguno al respeto que le debo. Conviene que te penetres de ello antes de contestarme.

—Bueno, dijo Juan.

Y después de pensar un momento, añadió:

—Marcelo, ¿tú recuerdas su rostro y sus ojos claros? Puedes estar seguro de que no aceptará la cita. Marcelo permaneció extático durante un breve rato.

—Tienes razón. No pensemos más en ello. Me marcharé sin volverla á ver.

Y no dijo nada más. Pero la sencillez de aquellas palabras emocionaron á su amigo, y aunque pensaba: «Más valdría que marchara sin verla,» comprendiendo su tristeza inmensa buscó el medio de ayudarle.

—Oye. Déjame á mi, yo te avisaré con tiempo, y te prometo que hablarás con ella.

—¿Cómo te arreglarás?, preguntó Marcelo algo inquieto.

—Os encontraréis sin que ella esté prevenida. Ya cuidarás tú de retenerla.

Y cansado de haberse ocupado durante tan largo tiempo de cuestiones graves, dijo con aire de lucha:

—¡Después de todo, me alegro! Marthenay me revienta y los Dulaurens son demasiado snobs. No será muy correcto, pero se lo merecen. Me encanta la idea de hacerles una jugarreta.

(Se continuará.)



Apóyese usted en mi brazo. Iremos poco á poco

Una profunda amistad unía á los dos jóvenes. Uno había llevado á ella la tierna indulgencia de hermano mayor, el otro la admiración ardiente de hermano pequeño, y los dos la dignidad que distingue el amor fraternal. Y á su vez sacaban de ella un impulso para los más nobles sentimientos. Les daba además el reposo que nace de la confianza recíproca y de una identidad de naturaleza y aficiones. Pero habían excluido de ella toda clase de confidencias. Así es que Juan se extrañó de ver que su amigo le revelaba el secreto de su alma, que hacía tiempo había adivinado. Observador discreto, siguió con inquietud el drama íntimo desarrollado en la Chênaie, y presenciaba aún los esfuerzos desesperados de la señora Dulaurens apoyando con insistencia la candidatura de Armando de Marthenay. Conociendo la vehemencia concentrada y el orgullo de Marcelo, se interesaba mucho más en el amor de éste, cuya desesperación violenta temía, que en los juegos efímeros y ligeros de sus propios amores. Sabía á qué obedecía el imperioso deseo de tomar parte en la expedición del Sahara, la necesidad febril de actividad, la nueva ambición que volvía á agitar á su amigo. Pero éste no se confiaba nunca; para resolverse á hablar era preciso una razón muy poderosa, y por esto resultaba alarmante su pregunta.

Juan, disimulando sus preocupaciones, preguntó: —¿No puedes ir á la Chênaie? ¿Hay algo más natural?

Marcelo le miró con sus ojos penetrantes y vivos. —Ya sabes tú que no.

Y después de una pausa siguió diciendo:

—Y sin embargo, es preciso que hable con ella.

—¿Para robarla?, dijo Juan sonriendo ligeramente, como si tratase, por última vez, de dar á la conversación un tono de broma.

LAS ELECCIONES EN ALEMANIA

Rechazados por el Reichstag los créditos coloniales solicitados por el gobierno, el emperador decretó la disolución de aquella cámara y la elección de una nueva. Las elecciones, que se efectuaron el día 25 de enero último, despertaban gran interés en toda Alemania, dado que en ellas debía resolverse el duelo entablado entre el canciller Bülow y la coalición del centro católico y de los socialistas, á la que se había debido la derrota del gobierno en el mencionado asunto.

Los amigos del canciller confiaban en que el pueblo alemán con sus votos sancionaría la política del mismo y los hechos han venido á darles la razón, pero no en la forma que ellos suponían, puesto que el triunfo logrado no lo ha sido á costa del centro católico, sino de la social democracia, es decir, de los socialistas. En efecto, el primero conservará en el Reichstag casi los mismos puestos que tenía antes de la disolución; al paso que los segundos habrán perdido unos veinte.

Las causas de esto se explican perfectamente: en efecto, mientras el centro católico, bajo la dirección de sus jefes y especialmente de Erzberger, orador de

gran talento y táctico de primer orden, ha demostrado ser el partido más activo del anterior Reichstag, ha sido el que descubrió y combatió con más energía los escándalos coloniales; y ha acudido á las elecciones fuerte, compacto y disciplinado; el partido socialista no había justificado, á pesar de las fuerzas de

la radical y la oportunista, que capitanean Bebel y Bernstein respectivamente.

Estas circunstancias, unidas á la coalición, en muchos distritos, de todas las fuerzas burguesas contra el socialismo, han dado al gobierno, en el primer escrutinio, un triunfo innegable que se supone será mayor aún después de las segundas elecciones para decidir los *ballotages*, que son en número de ciento sesenta.

En ese primer escrutinio han resultado elegidos: 41 conservadores, 10 imperialistas, 18 polacos, 89 católicos del centro, 20 nacionales liberales, 6 progresistas, 1 unionista liberal, 29 socialistas, 1 individuo del *mittelstand*, 1 danés, 10 alsacianos é indefinidos, 3 reformistas, 2 de la Federación de aldeanos, 4 de la Unión económica y 2 demócratas alemanes.

La derrota de los socialistas ha sido tanto más importante cuanto que alcanza á los grandes centros industriales Koenigsberg, Breslau, Leipzig, Magdeburgo y sobre todo á Sajonia, que se consideraban como feudos del socialismo.

La victoria alcanzada ha producido, como es de suponer, gran satisfacción en las esferas gubernamentales y en una buena parte de la población berlinesa, que en la noche del mismo 26, y ape-



BERLÍN. — LAS ELECCIONES PARA EL REICHSTAG ALEMÁN

Repartidores de candidatura á la puerta de un colegio electoral. (De fotografía comunicada por Carlos Trampus.)

que disponía en el Parlamento, las grandes esperanzas en él cifradas por el pueblo alemán, y por añadidura hallábase dividido en dos fracciones principales,

como es de suponer, gran satisfacción en las esferas gubernamentales y en una buena parte de la población berlinesa, que en la noche del mismo 26, y ape-



BERLÍN. — LAS ELECCIONES PARA EL REICHSTAG ALEMÁN. — Interior de un colegio electoral: un elector recibe el sobre azul en donde ha de encerrar su candidatura, otro está en el pupitre, tapado con cortinas, en donde se escribe el nombre del candidato; otro deposita su candidatura, que el presidente introduce en la urna. (De fotografía comunicada por Carlos Trampus.)

nas se conocieron los resultados del escrutinio, acudió en entusiasta manifestación delante del palacio del canciller. Éste, al dar las gracias á los manifestantes, les dijo: «Gracias por vuestro testimonio de simpatía, pero loor ante todo al sentimiento nacional que aquí os trae. Mi gran predecesor, ante el cual nos inclinamos todos respetuosamente, dijo, pronto hará cuarenta años: «Pongamos al pueblo alemán sobre la silla y solo montará perfectamente á caballo.» Espero y creo que el pueblo alemán ha demostrado hoy que todavía sabe montar, y si en los *ballotages* cada cual cumple con su deber, el mundo entero reconocerá que el pueblo alemán se mantiene firme en la silla y arrollará á caballo, á su paso, todo lo que obstruye el camino que le conduce á su prosperidad y á su grandeza. Y ahora, señores, os ruego que gritéis conmigo ¡viva! ¡viva! por la nación y por el pueblo alemán.»

A la mañana siguiente, el emperador fué á felicitar al canciller, y la *Gaceta de la Alemania del Norte*, órgano del gobierno, publicaba un artículo en el que, entre otras cosas, decía:

«Los alemanes han demostrado que no querían consentir que se marchitaran su honor nacional, el desenvolvimiento de su fuerza nacional y el porvenir del Imperio. Al fin se ha roto el hechizo bajo cuya influencia, decíase, los progresos del socialismo habían de continuar de una manera irresistible.

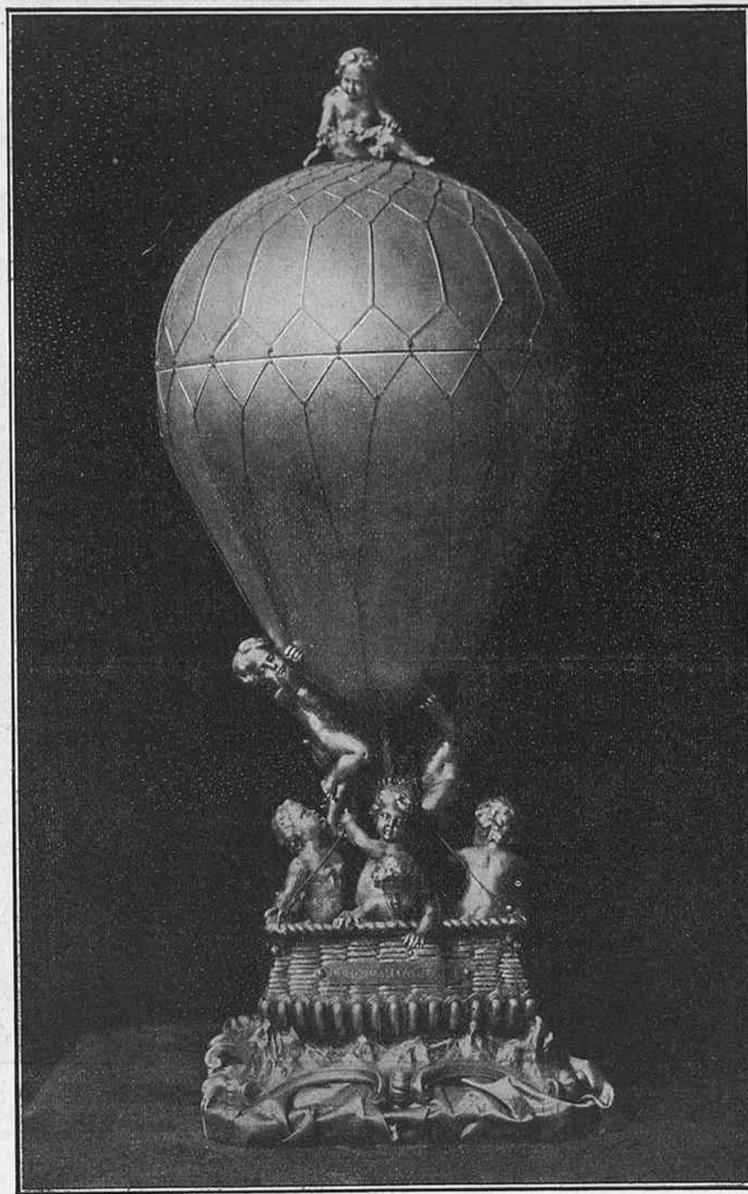
»La victoria obtenida en la primera fase de las acciones ha de provocar un redoblado ardor para las elecciones de *ballotages*. Se trata de probar á Alemania, lo mismo que al extranjero, que cuando están en juego asuntos nacionales, el pueblo alemán aplasta bajo sus pies todo lo que se opone á la marcha de la nación y no tolera que se debilite en lo más mínimo su fuerza nacional.»

Digamos, para terminar, algo acerca del modo como se efectúan las elecciones en la capital del Imperio.

«En las tiendas de bebidas, dice un corresponsal berlinés, convertidas en colegios electorales, algunos «compañeros,» en traje de faena, esperan pacientes. Detrás de una mesa, cubierta con un tapete verde, está la presidencia, y en un rincón, tapado con una cortina de algodón, el pupitre, en el cual el elector llena su papeleta. Este rincón

misterioso, verdadera curiosidad del sistema electoral alemán, ha sido bautizado por el pueblo con el nombre de *watter-closet*. El elector entra, después de esperar en la cola de la puerta, apresurado y gruñón. Le entregan, al pasar, un sobre azul y se dirige al

Sociedad aeronáutica por aquél representada. La Sociedad que gane la copa tres veces ó la conserve durante tres años consecutivos por no haberse presentado competidores, será propietaria de ella en definitiva.—CARLOS ABENIACAR.



COPA-CHALLENGE QUE HA DE SERVIR DE PREMIO EN EL CONCURSO AERONÁUTICO «MARGARITA DE SABOYA,» QUE TIENE POR OBJETO LA TRAVESÍA DE LA CORDILLERA DE LOS ALPES. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

pupitre famoso ante cuyas cortinas tiene que aguardar turno otra vez. Cuando, por fin, le corresponde, desaparece detrás del cortinaje, saca de su bolsillo un papel, la candidatura, que llena y mete en el sobre; vuelve á salir y va á colocarse ante la mesa del tapete verde, en donde le preguntan su nombre y domicilio. El elector contesta como puede y deposita en la urna su candidatura.»—R.

LA COPA-CHALLENGE AERONÁUTICA

«MARGARITA DE SABOYA»

El concurso aeronáutico «Margarita de Saboya» tiene por objeto la travesía de la cordillera de los Alpes efectuada en aeróstatos tripulados.

La Sociedad Aeronáutica Italiana, encargada de la organización del concurso, ha recibido en depósito el premio-challenge, consistente en una copa muy artística ejecutada según las indicaciones de la augusta donadora, la reina madre, por el artista escultor César Fossi, sobre el dibujo del profesor Piancastelli.

Serán admitidos en el concurso los aeróstatos de toda clase, y la prueba se efectuará todos los años, desde el 1.º de mayo al 31 de octubre. Dentro de este período cada concurrente podrá escoger el día y la hora de la partida que tenga por convenientes, avisando al Comité director de la expresada sociedad, con veinticuatro horas de anticipación á lo menos, el sitio escogido para la partida.

El aeronauta habrá de tomar parte en el concurso bajo los auspicios de una sociedad reconocida por la Federación Aeronáutica internacional y habrá de cruzar la cordillera alpina por encima de la línea divisoria de las aguas.

La zona de la cordillera alpina que habrá de cruzarse está limitada al Oeste por el collado de la Argentera y al Este por el de Tarvis.

El vencedor del concurso recibirá un premio personal de 5.000 francos en metálico y la copa quedará en poder de la

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

elmasreconstituyente soberano en los casos de: **Clorosis, Anemia profunda, Malaria, Menstruaciones dolorosas, Calenturas.** Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

Dentición JARABE DELABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOYZE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
GATARRO — ASMA — OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

Paris
Date de 1849
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARFOLLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Póne y conserva el cutis limpio y terso
Casa CANDES
8^o St-Denis, 46

HISTORIA GENERAL de FRANCIA

ESCRITA PARCIALMENTE
POR REPUTADOS PROFESORES FRANCESES

Edición profusamente ilustrada con reproducciones de códices, mapas, grabados y facsimiles de manuscritos importantes, á 50 céntimos cuaderno de 32 páginas

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

BOYVEAU-LAFFECTEUR
ROB
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, etc.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO.
Vendese en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico,
SUCESOR DE BOYVEAU-LAFFECTEUR.
Calle Richelieu, 102, PARIS, y en todas Farmacias.

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



PARÍS. — MANIFESTACIÓN OBRERA EFECTUADA EN 20 DE ENERO ÚLTIMO EN DEMANDA DEL DESCANSO SEMANAL. LOS MANIFESTANTES CONTENIDOS POR LAS TROPAS QUE FORMAN UN CORDÓN CON LOS FUSILES PUESTOS HORIZONTALMENTE. (De fotografía de M. Branger.)

La Confederación del Trabajo y la Unión de los Sindicatos del Sena habían proyectado efectuar el domingo, día 20 del presente enero, en París una manifestación monstruosa para reclamar el cumplimiento del descanso semanal. Los manifestantes proponíanse recorrer pacíficamente los bulevares y otras grandes arterias de la capital; pero el Gobierno, previendo las consecuencias que podía tener aquel *fasco* y entendiéndose que la verdadera libertad consiste en usar de la propia sin molestar la ajena y sobre todo en no perturbar la vida y el movimiento ordinarios de una población, se propuso que la manifestación no se realizara, y á tal efecto el ministro del Interior adoptó, de acuerdo con el Prefecto de Policía M. Lepine, las medidas convenientes.

Cerráronse por orden gubernativa las dos Bolsas del Trabajo que hay en París; movilizóse un gran contingente de agentes de policía; dispúsose que las tropas ocuparan los sitios estratégicos, y cuando los manifestantes, defraudados en sus esperanzas, intentaron promover algunos desórdenes, no tardó en dejarse sentir una vigorosa y rápida represión que puso en seguida término á los desmanes, siendo detenidos los principales cabezas de motín.

La jornada pasó, pues, con tranquilidad, á pesar de los vaticinios de que ocurrirían graves sucesos; el gobierno quiso que no se alterase el orden, y el orden no se alteró, gracias á sus acertadas precauciones.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARÍS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
de **BLANCARD**

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFÍESE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C^o, 10, R. Bonaparte, París.

PECHO IDEAL
Desarrollo - Belleza - Dureza
de los PECHOS en dos meses con
las **Pildoras Orientales**,
únicas que producen en la mujer
una graciosa robustez del busto,
sin perjudicar la salud ni engruesar
la cintura. Aprobadas por las
celebridades médicas. Fama uni-
versal. J. RATÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Ver-
deau, PARIS. El frasco, con instrucciones, por
correo, 8'50 pesetas. Depósito en Madrid, Far-
macia de F. Gayoso, Arenal, 2; En Barcelona,
Farmacia Moderna, Hospital, 2.

**AVISO A
LAS SENORAS**

EL APIOL DE LOS
JORET-HONOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ia} G. SEGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.